



Una mirada desde Medellín

RA
LECTURAS



INSTITUTO
POPULAR DE
CAPACITACION

PRESENTACIÓN

La ciudad de los jóvenes

Una mirada desde Medellín



**INSTITUTO
POPULAR DE
CAPACITACIÓN**



La juventud de los jóvenes

Consejo Editorial

Jesús Balbín Álvarez

Juan Bernardo Rosado Duque

César Augusto Muñoz Restrepo

Coordinación Editorial

César Augusto Muñoz Restrepo

Comunicaciones I.P.C.

Impresión

Pregón Ltda.

Portada: Rafael Valencia "Mike"

INSTITUTO
POPULAR DE
CAPACITACION

© Instituto Popular de Capacitación -I.P.C.-

Calle 59 N° 45-24 Tels: 2541235 - 2544931 Fax: 2543744

A.A. 9690 Medellín - Colombia, 1995

La juve
dad, de pr
ficarse pa
el todo so

Esta n
al confinc
bra, su ac
ción y de

Esta e
trumenta
sitios y r
de la par

La ju
su incorp
da a los
los rumi

Sin
con el re
lo como
capaz o
líticos.

LA
es un e

PRESENTACIÓN

La juventud ha sido vista como una etapa de transitoriedad, de preparación, como un grupo social llamado a calificarse para asumir en la adultez la participación pública en el todo social.

Esta mirada sobre la juventud no deja de ser sospechosa, al confinar a ésta en espacios limitados, en los que su palabra, su acción y aspiraciones, no son asumidas en la dirección y desarrollo de la sociedad.

Esta es la lógica de la adultez capitalista: una lógica instrumentalista, en la que a los sujetos sociales se les asignan sitios y roles, de acuerdo con la utilidad para la perpetuación de la particular sociedad del "Dios dinero".

La juventud se instrumentaliza desde el consumo o desde su incorporación a las fuerzas militares, pero no es convocada a los espacios de concertación y decisión donde se definen los rumbos fundamentales de la sociedad.

Sin embargo, esta mirada hacia el joven, no concuerda con el real potencial y protagonismo de las juventudes, no solo como grupo de reserva en preparación, sino como sujeto capaz de incidir en los principales cambios culturales y políticos.

LA CIUDAD DE LOS JÓVENES: Una Mirada desde Medellín,
es un esfuerzo desde el Instituto Popular de Capacitación,

I.P.C., por profundizar en el debate acerca del papel y posibilidad, o no, del protagonismo de la juventud urbana.

Los distintos escritos aquí registrados, expresan nuestro interés por rastrear las potencialidades de la juventud que quiere ser "Actor Ciudadano", capaz de construir identidades propias y proyectos de transformación de su realidad. Pero igualmente, presentamos las limitaciones de la juventud de hoy para asumir estos retos.

Es claro que nos encontramos ante una juventud cambiante con relación a las pautas culturales que en otras décadas la marcaron.

La juventud de los años 60 y de la primera mitad de los 70, fue, en general, optimista: su mirada estaba puesta en el futuro. Eran los tiempos de las ideologías y del discurso político que arrastraban al mundo entero.

Esta juventud tenía como contexto el monopolio "frentenacionalista", las nacionalizaciones, la reforma agraria, el nuevo hábitat, la nueva ciencia, la nueva universidad, el anhelo revolucionario. Estos desafíos del entorno, hacían las aspiraciones profesionales y las exigencias académicas a un lado.

Habían unas dimensiones en las que la juventud, con su protagonismo, aportaba a revolucionarlas: eran temas álgidos como el sexo, la raza, la guerra, el amor y la política.

Si bien el "Frente Nacional" había terminado despolitizando al conglomerado social, no logró lo mismo con una juventud que mostró su inmensa capacidad de soñar y ser protagónica en la construcción de sus ilusiones.

Pero hoy, en la década del 90, comienza a percibirse otro sentido de tiempo para la juventud, la que en su mayoría expresa unas condiciones de depresión, escepticismo, tramas de violencia intersubjetiva e indiferencia ante los grandes temas de la ciudad o el país; se da en ella, un cierre al sentido de futuro.

Esto se da al tiempo, en que la mayoría de la juventud, se dedica a sus actividades individuales de sobrevivencia desde un marco escéptico y a veces hedonista, que claramente ex-

presa su
que ofrec
co es que
juventud
una com

A pe.
significa
cisamen
colectivo
ción de

Este
no pued
les, al n
enseñac
riencia
en defe.

La j
trario,
organi
nidade

Est
va, ins.
clan e
ción e
constr
social.

Co
e infal
citaci
sí exp
ético
ción c
desaf
disol

presa su no interés por participar en la propuesta de sociedad que ofrecen las "Izquierdas" o las "Derechas". Lo dramático es que al no poseer ninguna propuesta, la mayoría de la juventud pareciera agitar la bandera de la no socialidad, de una convocatoria apocalíptica de disolución total.

A pesar de ello, aunque con un perfil aparentemente insignificante, en ciudades como Medellín se desarrollan, precisamente en esta década, importantes procesos de expresión colectiva de un sector de la juventud popular, se da la irrupción de un tipo de protagonismo comunitario juvenil.

Este tipo de participación juvenil en el Medellín de hoy, no puede ser leída ni caracterizada como movimientos sociales, al menos no el tipo de movimiento social que nos hemos enseñado a valorar desde la literatura social o desde la experiencia empírica, de grandes torrentes de movilización social en defensa o lucha por determinados intereses.

La participación juvenil se nos presenta, muy por el contrario, de una manera atomizada, desde distintas prácticas de organización juvenil, estéticas o prácticas culturales, comunidades de gusto, etc.

Estas prácticas parecieran ser formas de acción colectiva, instaladas en el escenario de lo cotidiano, donde se mezclan en una tensión surgida de la dinámica de fragmentación e individuación social y los esfuerzos por resistir y reconstruir nuevas formas de relación, identidad y solidaridad social.

Con el presente libro no esperamos dar respuestas únicas e infalibles. Nuestro interés, como Instituto Popular de Capacitación, es dejar interrogantes planteados. Pero en cambio, si expresamos la necesidad de trabajar desde un proyecto ético y cultural al interior de la juventud, para la reconstrucción de nuevos sentidos de lo común, capaces de sortear los desafíos de una época, que promueve la desintegración y disolución de la sociedad como el único futuro posible.

Los Editores

CONTENIDO

- Notas para una comprensión 9
político-cultural de la juventud en Medellín
Omar Alonso Urán Arenas
- Juventud y Sentido de vida. Perspectiva: 43
los jóvenes como actores sociales y políticos
Diego Pérez
- Mujeres jóvenes: Generadoras, cómplices 55
y víctimas de la violencia en Medellín.
Claudia Tamayo
- Protagonismo juvenil, movimientos 63
sociales y crisis de la política
Wilfer Bonilla Naranjo
- Notas sobre rock, violencia y juventud 75
Omar Alonso Urán Arenas
- La juventud de Medellín: 85
entre la espada y la pared
Gilberto Medina y Edgar Arias Orozco

NOTAS PARA UNA COMPRENSIÓN POLÍTICO-CULTURAL DE LA JUVENTUD EN MEDELLÍN

Omar Alonso Urán Arenas

Sociólogo - Investigador

Instituto Popular de Capacitación - I.P.C.

I. CONSIDERACIONES PRELIMINARES

El fenómeno juvenil, bien como hecho generacional o como acontecimiento cultural, debe implicar, para su entendimiento, las condiciones históricas locales en donde este se desenvuelve, relacionadas, a su vez, con las formas sociológicas contemporáneas de comunicación simbólica. Ello quiere decir: combinar los factores específicos de la identidad local-regional con los nuevos patrones de creación identitaria del mercado simbólico mundial.

Esto es de suma importancia, porque nuestro interés consiste en observar la generación y conservación de formas de interacción socio-cultural, por un lado; y por el otro, las tensiones y maneras de vincularse los diferentes sectores de la juventud con la actividad política.

II. ANTECEDENTES HISTÓRICOS DE LA JUVENTUD DE MEDELLÍN (Aproximación)

Medellín es una ciudad joven, cuyo real salto hacia la urbanización (tanto física como culturalmente) solo viene a presentarse a partir de la década de 1960. El componente principal de este crecimiento estuvo dado por las migraciones campesinas, que atraídas por el ideal de un mejor modo de vida y expulsadas del campo por la violencia política, esperaban ser integradas a la ciudad.

Con sumos esfuerzos y fuertes resistencias de las élites locales, el paisaje de la ciudad se fue modificando y creándose a su vez una nueva cultura popular urbana, que se diferenciaba de los hábitos y costumbres de los pobladores instalados de la vieja villa de Medellín. Y, aunque compartiendo patrones simbólicos arquetípicos de la antioqueñidad, esta nueva cultura popular urbana, producto de las migraciones y la aglomeración desplanificada, va a encontrar su vía principal de expresión, a través de la informalidad y el marginalismo.

Estructuras básicas de organización social e identidad cultural "paisas", se trasladarán y reubicarán con estas migraciones en la ciudad. La familia nuclear y extensa, el respeto hacia —y la autoridad fijada en— el padre, el catolicismo y la veneración por la madre. Sin embargo, las nuevas condiciones provocarán profundas transformaciones en instituciones básicas como la familia, la fe religiosa y el espíritu de trabajo.

La crisis industrial y el surgimiento del narcotráfico, incidirán fuertemente en las transformaciones sociológicas y culturales de la primera y segunda generación masiva de jóvenes propiamente urbanos, quienes además de vivir una infancia diferente a la de sus padres campesi-

nos, deberán enfrentar las contradicciones económico-culturales del capitalismo en la ciudad latinoamericana: desempleo crónico, escasez de bienes de consumo colectivo (servicios públicos, escuelas, hospitales, etc.), comunicación de masas, los inicios de una estética de carácter juvenil, la compulsión al consumo y el hedonismo.

Nos encontramos con un tránsito muy reciente —aún en proceso— de un modo de vida agrario hacia uno urbano, donde ciertas estructuras y símbolos de autoridad y poder continúan existiendo, tal como lo constituye la religión católica y el autoritarismo de corte patriarcal —y el cual se encuentra de manera estrecha ligada con la noción de “verraquera” y tenacidad de los paisas—.

De suerte que sí “antioqueño no se vara” y “el que peca y reza, empata” son refranes que funcionan. No es de extrañarse el auge de actividades como el narcotráfico e incluso, asociado a él, la gestión privada de la justicia y la administración de la muerte.

Tenemos pues, por un lado toda una tradición que, fetichizada o no, funciona como telón de fondo de la identidad general y abstracta del “paisa”, entre los cuales se incluyen, por supuesto, la mayoría de la juventud antioqueña, y la cual se manifiesta abiertamente en la (re)petición de una “Antioquia Federal” o incluso de una “República Independiente” en la mayoría de actos deportivos-masivos regionales.

Por otro lado, asoma el horizonte de la complejidad y la de construcción, la cohabitabilidad de diferentes nociones del tiempo y la realidad; esa otra ciudad invisible enlazada por campos magnéticos y ondas radiales. Es la ciudad de las antenas parabólicas, de la TV por cable, de las cien emisoras en FM; hablamos de esa juventud que consume y (re)produce una estética no regional, que pro-

cura mantener una imagen internacional.

Observamos aquí, comunidades de gusto diferenciadas: unas rapper, otras rockers y otras salseras, pero también aquellas que conservan y procuran actualizar estéticas tradicionales. Aquí el horizonte comprensivo de la antioqueñidad se relativiza, debe relacionarse con todos estos nuevos procesos propios de la aglomeración urbana y de las tecnologías telecomunicativas. De donde hay que observar, qué de específico-regional y qué de internacional-sistémico, tiene lugar en el fenómeno juvenil antioqueño.

III. JUVENTUD, CLASE Y CULTURA

Partimos de afirmar la existencia actual de una cultura general más —mediatizada—, que sobre todo define y configura los objetos de deseo y unas culturas segmentadas en correspondencia con el nivel de ubicación en la estructura socio-económica, dónde se define preponderantemente, no el objeto de deseo, sino los medios de acceso y las formas de relación con el mismo.

Observamos por ejemplo, que objetos “mass-mediáticamente” promocionados, como vehículos lujosos, motos, electrodomésticos, etc., son aceptados-deseados por las mayorías, pero no son posibles de ser poseídos, gozados u usufructuados sino selectivamente. No podemos olvidar, que también al interior de esta cultura en general y de los segmentos socio-económicos estructurales, se dan fugas (práctico-simbólicas) no asimilables inmediatamente por los mass-media, donde lo deseable y su obtención mutan de objeto y medio.

Con estas consideraciones globales, podemos sin embargo, introducir el análisis de juventud, clases sociales y prácticas-simbólico-vitales. Es decir, podemos contex-

tualiza
una co
nizaci
otro n
el terr
acaud
Te
que se
ferent
M
camer
un lu
finca)
ciona
reduc
zona
conoc
la per
cia qu
te. Pu
tos es
mensi
ción
tos, a
A
nómi
objeto
yoría
sino t
de de
teguas
“
marc

tualizar la cotidianidad de un joven nacido y formado en una comuna obrero-popular; de uno nacido en una urbanización de clase media; de técnicos y profesionales; y de otro nacido al interior, ya no de un barrio, —porque no es el territorio quien lo define—, sino en el de una familia acaudalada (burguesa, mafiosa, terrateniente etc.).

Tenemos así, que la noción y experiencia de ciudad que se obtiene, varía substancialmente y con ello los referentes y mapas subjetivos del territorio urbano.

Mientras que un joven nacido en una familia económicamente portentosa, tiene la posibilidad de tener más de un lugar simultáneo de residencia (casa, apartamento y finca) y de viajar con frecuencia a diferentes lugares (nacionales y extranjeras), un joven de barriada popular, reduce ostensiblemente el territorio de su movilidad a su zona o barrio de residencia y casi siempre se limita a conocer el mundo a través de la televisión. Pero así como la percepción del mundo externo es diferente, la experiencia que se efectúa de la propia ciudad difiere radicalmente. Puede suceder que muchos jóvenes de diferentes estratos escuchen la misma emisora y por lo tanto los mismos mensajes publicitarios, pero las condiciones de tal recepción varían enormemente y desencadenan acontecimientos, aunque divergentes, orientados a un mismo fin.

A medida que se desciende en la estructura socio-económica, las posibilidades de acción del joven frente a su objeto deseado se multiplican. Ello no sólo por la mayoría numérica de los jóvenes de sectores medios y bajos, sino también por la dificultad de acceder a dichos objetos de deseo, hecho que obliga a plantearse múltiples estrategias de acceso o relación con tales objetos de consumo.

“Tenemos que comprar una motocicleta, ropa de marca, ir a discotecas”, etc., es algo fácil para un joven

de estrato alto; muchas veces, basta con solo disponer de las mesadas o pedirselo a sus padres. La estrategia es simple y sin complejidad.

Este mismo punto es más acuciante para un joven hijo de profesionales o personas de sectores medios, quien a su vez involucra en el logro de tal deseo a sus padres, los cuales muchas veces terminan compartiendo la angustia del "homo consumens" con sus hijos: la estrategia es casi siempre de ahorro, abstinencia y espera.

Para un joven de barriadas obrero-populares, sometido a influjos "mass-mediáticos" similares, se torna más difícil. Inicialmente, las estrategias pueden plantarse en torno a tres alternativas: renunciar al objeto deseado, esperar y trabajar para su obtención, o, por último, acceder al objeto de deseo, mediante arriesgados actos delictivos.

Son las alternativas de la renuncia al objeto publicitado y el acceso delictivo a él, las que van a introducir ciertos cambios en la relación del joven de los sectores populares con la cultura media de masas: por un lado, la renuncia implica la configuración de una subcultura disconforme que, consciente o inconscientemente, se plantea la ruptura con el sistema simbólico (puede leerse también ideológico) dominante. Encontramos aquí varias opciones que pueden ir desde la política radical "anti-establishment", hasta la creación, o ingreso, a grupos de pasotas, hippies, punk, movimientos religiosos, etc. Por otra parte, la actitud delincuencial, en el doble sentido de ser una estrategia de supervivencia (racional, conforme a fines construida) y de hacer parte de un modo de vida, se levanta contra la normatividad legal, para acceder a los objetos deseados, los cuales a su vez tienen la virtud de erigirse en indicadores del estatus social.

Nos encontramos aquí entonces, con la difícil, pero

necesari
ción so
determ
gitima
practic
bién a
carácto
como
cas rel
contra
estatus
nera, j
colect
juvent
sus ac

A. La

La
encarg
Antio
recog
polític
blado

Si
narrac
al res
les er
"Anti
social
dora.
región
y pro
N
dad f

necesaria tarea de: primero, correlacionar la determinación sociológica del mercado (mass-mediático) con la determinación de un ascendente histórico tradicional, legitimado en la configuración del imaginario joven, sus prácticas y apropiación de la ciudad. Ello nos obliga también a, segundo, discernir entre aquellos fenómenos de carácter masivo transclasistas (tipo eventos deportivos como el fútbol, programas radiales y televisivos, prácticas religiosas, entre otras), de aquellos otros que por el contrario designan, a modo de ritual, la pertenencia a un estatus o segmento socialmente reconocido. De esta manera, podemos reconocer diferencias e identificaciones colectivas, que de múltiples formas interaccionan en la juventud, en sus gustos, en sus prácticas de consumo y en sus actitudes frente a la política.

A. La tradición oral

La tradición oral —entre chistes y leyendas— se ha encargado de ir configurando una historia mítica sobre la Antioquia fuerte y colonizadora; tradición que ha sido recogida por los medios de comunicación y las campañas políticas, para dotar de un sentido de identidad a los pobladores asentados en el territorio antioqueño.

Sin embargo, es preciso anotar que esa historia, así narrada tiene más de imaginación, que de realidad. Pues al respecto, se debería también hablar de las guerras civiles entre antioqueños y la configuración de esas otras “Antioquias”, fruto de la expulsión política y marginación social de esa “Antioquia Fuerte”, cordillerana y conservadora. (Uribe, María Teresa. *Los Partidos Políticos en la región antioqueña. Seminario “Medellín, actores urbanos y proyecto de ciudad”*. Corporación Región. 1994).

Nos interesa destacar, como el mito de la antioqueñidad ha funcionado en la capital del departamento, más

que en otros lugares y ha dotado a través de la leyenda, de himnos y banderas, de una identidad —provisional— a la juventud, la cual se reafirma con otras prácticas como el apego a la madre y la utilización funcional —compensadora— de la religión.

Lo cierto es que el joven de Medellín, bajo el peso de todo este influjo, de una manera más inconsciente que pensada, se siente orgulloso de ser “paisa” y de haber nacido en tal ciudad (Estudios de opinión, p.e., “El Medellín que yo quiero” Realizado por el Centro de Estudios de Opinión de la Universidad de Antioquia. 1992).

Este es un hecho que traspasa la estructura social regional, el cual permite una identificación mínima entre los jóvenes de diferentes clases sociales y una asimilación oblicua y selectiva de fenómenos como el del narcotráfico y el fútbol mismo, los cuales reafirman, no importa de que manera, el valor de la leyenda. Y es bajo las condiciones del presente, que se intenta reactualizar este patrimonio mítico-simbólico en la práctica de los jóvenes urbanos-antioqueños. Nociones como la de ser “macho”, ser “verraco”, “no vararse por nada”, se mantienen y se retoman en un contexto desacralizado, dónde tener esposa y muchos hijos ha dejado ser atractivo; el valor del trabajo en sí, ha perdido su sentido y lo que importa es ser reconocido como individuo (o sujeto) en una ciudad regida por la ansiedad del consumo y las leyes del mercado. De manera que esos valores antioqueños que se mantienen y logran pervivir, es porque se han mostrado eficaces a la hora de adecuarse a las nuevas circunstancias, a la vez que se han desligado de las premisas morales-identitarias de la “antioqueñidad”.

“Verraco” no es entonces el que logra levantar una familia, sino el que logra obtener suficiente dinero para

ostentar y repartir. Ser "macho" es no tener miedo a la muerte y atreverse a matar o exponerse a ser asesinado en la empresa de ser el prototipo de hombre joven, que se muestra con gran despliegue en los medios.

Surgen así, diferentes tipos de bandas y milicias que recrean en su lógica interna, toda la irracionalidad subyacente a un mito, con pocas bases históricas concretas y pregonado mayormente por aquellos que, teniendo el dinero y el poder suficiente, se olvidan de su etiqueta de antioqueños a la hora de redistribuir la riqueza socialmente producida y generar espacios de democracia y de identidad popular no extrapuesta.

El autoritarismo, la falta de capacidad para pensar en el amplio terreno de la cultura, el pragmatismo reducido a lo económico, son algunos ingredientes de aquella antioqueñidad que tiende a reproducirse en los jóvenes y a interactuar en la cotidianidad de sus deseos y territorialidades.

En este sentido, bandas y milicias, son una forma de respuesta a la misma tradición antioqueña que pretende cerrar los ojos y resolverlo todo por la fuerza y/o buscando el mejor provecho particular. A ello, hay que añadirle la lógica misma de la industria cultural y del entretenimiento, que fundamenta su acción en una reafirmación y exacerbación de los caracteres primarios de la personalidad, utilizando la agresividad y la seducción como principal vía de su manifestación y no permitiendo la solución individual compleja, es inducción (casi siempre visual) de lo mistificado.

Se observa, de acuerdo con lo afirmado, como en Medellín los espacios básicos de recreación para los jóvenes, se reducen casi que exclusivamente a la TV, la radio, el fútbol y los actos litúrgicos mismos. Siendo las tabernas y los paseos a través de la ciudad, algo no tan común.

El joven de Medellín se encuentra ante una ciudad pobre en espacios públicos (en el doble sentido de ser un bien de consumo colectivo, y ser un lugar para el intercambio y discusión de ideas), que permita vincularlo y familiarizarlo con la diferencia, lo que es producto de una tradición donde realmente la opinión pública poco ha existido y la acción contemporánea de unos medios, que tienden a la fragmentación y la acción unilateral es preponderante.

El imaginario joven tiende por tanto a ser fragmentado y selectivo. La noción de ciudad, se le presenta casi siempre reducida a los ámbitos de su circulación por la misma: una percepción material de la aglomeración, desligada del significado político de la diferencia que ella implica. A ello se suma la apropiación privada o comunitaria del territorio, bien sea por parte de bandas, milicias o urbanizaciones, donde la ciudad se convierte en un mapa de zonas prohibidas, extrañas y desconocidas. Empezan a funcionar entonces, los estereotipos que de antemano definen personas y territorios; estereotipos retroalimentados por los modelos del cine y la televisión de justicia por propia mano y estilos de vida acelerados y subterráneos. La noción del mundo se vuelve así, incoherente e idealizada. La ciudad, acostumbrada a un gobierno parroquial, se ve a sí misma superada e invadida, sin los recursos psicológicos y culturales que les permitan digerir y apropiarse críticamente sus contradicciones internas y su entorno. Los movimientos estéticos, artísticos, científicos e intelectuales, son prácticamente inexistentes; la reelaboración simbólica, se ve sujeta a la espontaneidad de la acción individual, haciendo complejo la construcción de un imaginario conscientemente apropiado.

Un
la activ
más de
ral se
flexibl
la ciud
privad
De
los gr
sifical
escasc
fenóm
consta
(Rapp
recept
mund
nes de
interr
Empe
terior
En
predc
allan
por lo
capac
propi
es in
capac
rente
olvid
B. In
E
neces

Una panorámica breve, nos enseña que en Medellín, la actividad cultural en el sentido de esfuerzo creativo, es más de recepción que de elaboración. El consumo cultural se haya fuertemente estandarizado: es estrecho e inflexible. Ejemplo de esto, es la poca actividad artística de la ciudad y el escaso esfuerzo del gobierno y del sector privado para impulsarla.

Dentro de este panorama, sobresale la constancia de los grupos de teatro, que han logrado mantenerse y diversificar su producto, pero que sin embargo llegan a un escaso público selecto y restringido. Cabe destacar, como fenómeno atípico dentro de la ciudad, el crecimiento y constancia de las tendencias agrupadas en torno al rock (Rappers, Nardcores, Metaleros), puesto que allí se asocia recepción y reelaboración, además de un lenguaje y un mundo simbólico que rompe con los tradicionales cánones de comportamiento juvenil y que además efectúa una interrelación de la realidad local con el resto del mundo. Empero, es preciso señalar que estas son minorías al interior de la juventud, es decir, constituyen la excepción.

En síntesis, la carencia de una subjetividad propia, el predominio de la heteronomía en la tradición antioqueña, allanó el camino, hizo más fácil la colonización del yo por los medios masivos y en esos términos empobreció la capacidad creativa, desacoplando los imaginarios de la propia realidad inmediata. Es decir, el mundo del joven es invadido por imágenes ante las cuales se presenta incapaz de reflexionar, porque para ello no encuentra referentes, ni en su tradición ni en los propios medios. No olvidemos que el acto de pensar no es un monólogo.

B. Incidencia de la diferencia de clases

Es preciso no generalizar arbitrariamente y se hace necesario deconstruir. El mundo simbólico de cada joven

es también afectado por sus posibilidades de consumo de bienes culturales. Esta indicación cruza y afecta la incidencia de lo masivo y transclasista: se puede compartir el mismo gusto por el fútbol, escuchar a "Latina Stéreo" o a "Veracruz" (emisoras locales), ver los mismos programas por las antenas parabólicas o ir de vez en cuando a misa; sin embargo, las posibilidades de cierto tipo de educación, los circuitos del transcurrir diario, la propia experiencia de la ciudad, introduce actitudes y comportamientos disímiles.

Mientras los jóvenes comunes y corrientes de un sector como El Poblado (barrio de estrato alto), tienen desde su infancia acceso a motos y autos, la mayoría de los jóvenes de los sectores medios y populares deben circular en bus o a pie por la ciudad.

Mientras los jóvenes de "estratos altos", tienen sus sitios comunes de encuentro en centros comerciales, malls y clubes sociales, los jóvenes "populares" se reúnen en las esquinas, caminan por las calles y ocasionalmente van a pasear por el centro. Mientras los unos desean vías más rápidas, los otros desean mejor transporte colectivo. Vemos entonces que la determinación de clase es también una determinación de la cotidianidad de la experiencia que se hace de la ciudad.

Lo masivo genera un lenguaje simple y a la vez abstracto, en la medida que se alimenta de las pulsiones y figuras arquetípicas de la cultura y rehuye el tratamiento —procura el olvido— de los asuntos concretos que afectan la existencia de grupos sociales o individuos en específico.

Va a ser en el grupo aparte de la masa, donde las necesidades no dichas, los deseos reprimidos, van a emerger. Los jóvenes ricos con su soledad, falta de comunicación e impostura entre sí, con mayores posibilidades de

conoc
sión,
casi t
sicoló
de lo
y ang
pació
mate
cimie
P
otro,
sivid
A
mecá
de lo
hay l

IV.

S
las c
form
pecu
ticas
les e
estra
las c
viol
I
orga
rela
y ví
tant

conocer e informarse sobre el mundo, tienden a la depresión, el autismo y a la necesidad de emociones fuertes; casi todos sus problemas se inscriben en el orden de lo psicológico y la recreación simbólica; mientras los jóvenes de los demás sectores sociales, con idénticos problemas y angustias en lo existencial, deberán sumar a sus preocupaciones, los obstáculos para su reproducción biológica y material, además de una batalla más ardua por el reconocimiento simbólico en su hábitat.

Por un lado apatía, disimulo y competencia; por el otro, solidaridad de grupo, construcción colectiva, agresividad o miedo.

Aunque son tendencias, ello no se puede generalizar mecánicamente; en todas partes existirán personas fuera de los estereotipos, más aun, cuando en nuestra ciudad hay leves indicios de una secularización juvenil.

IV. ORGANIZACIÓN JUVENIL, IMAGINARIOS Y POLÍTICA

Se puede inferir —y la realidad así lo constata—, que las características socio-culturales del entorno donde se forma el joven, determinan en grado sumo los niveles y peculiaridades de sus formas organizativas. Las estadísticas muestran como el número de organizaciones juveniles es mayor en los estratos bajos de la ciudad que en los estratos altos, lo mismo que los intereses y objetivos de las organizaciones (Los jóvenes como protagonistas de violencia y paz. IPC. 1994).

Es de anotar, que las estadísticas no dicen de aquellas organizaciones más informales, que no sostienen una relación con iglesia alguna, forma de coordinación barrial y vínculos con el Estado. Esta consideración es válida, tanto para grupos de bandas y milicias, como para gru-

pos académicos y/o artísticos. Es preciso entonces, preguntar qué diferencias discursivas, simbólico-ideológicas, entrecruzan esta multiplicidad, para así, desde sus mundos de vida, considerar las relaciones con lo político y la política en sí.

La percepción del mundo y la (re)creación de la cultura, están determinadas por la posición de clase de los sujetos, por su identidad regional y por los medios masivos de comunicación y entretenimiento. Tener presente esto, nos evita caer en fáciles reduccionismos como son lo de "cultura de clase", "cultura juvenil" o "regionalismos puros".

Es necesario tener en cuenta, cuáles aspectos o temas de la realidad mass-mediaticada, son asimilados por los jóvenes de todas las clases sociales y a través de que formas tienden a expresarse.

Los temas que más han incitado a la juventud hacia una acción organizada, han sido, en la ciudad de Medellín, la ecología, el deporte, la convivencia social pacífica (la paz), el arte y la experiencia religiosa misma. Vale señalar, que los asuntos más promocionados en los medios han sido lo ecológico y el deporte, no tanto como posibilidad organizativa, sino como modo u estilo de vida. Los otros temas han correspondido, más a la persistencia y dinámica de grupos relativamente pequeños (sobre todo en el caso de lo artístico) o a la promoción por parte de instituciones religiosas y no gubernamentales y en menor parte, por influencia de partidos políticos.

Sin embargo, los temas pueden ser los mismos, pero la experiencia que se efectúa de ellos puede variar enormemente. Tenemos por ejemplo, que en los "estratos altos" existe una cierta "conciencia ambiental", pero que no logra traducirse en organización, sino que se circuns-

cribe a la adopción de cierta pautas de comportamiento con respecto a la naturaleza o a la acción aislada de ciertos individuos, quienes, la mayoría de veces, buscan realizar sus expectativas ambientales en asocio con la empresa privada o el Estado. Se originan así eventos como las maratones náuticas, los clubes de caminantes, programas parciales de reforestación y programas institucionales como "Mi Río".

Por su parte, en los barrios populares, el tema ecológico o medio ambiental, tiende a ser adoptado por las organizaciones preexistentes, como una forma de mejorar las condiciones del hábitat de sus comunidades. Aunque se desarrolla una cierta "conciencia global" al respecto, no se logra desplegar una actividad que rompa los marcos de la localidad, debido muchas veces a la falta de recursos y a la poca experiencia organizativa de los jóvenes al frente de tal cuestión.

Se observa, que siendo lo ecológico un tema ciertamente publicitado, no ha logrado generar la suficiente participación y organización en la ciudad, consecuencia, entre varios aspectos, primero, de la cooptación del asunto como "clisé" de mercadeo y publicidad; como segundo, de la relativa dificultad práctica, que implica un cierto conocimiento técnico de los factores medio-ambientales; y en tercera medida, de la incapacidad de establecer mediaciones entre científicos y técnicos, con los sujetos políticos organizados de la comunidad, permitiendo así la traducción del discurso ecológico y la implementación de proyectos que involucren educación y participación de las comunidades y no solo de la juventud.

Hay que resaltar además, que la cierta sensibilidad de los sectores altos a lo ecológico, configura un marco especial desde el cual es posible adelantar formas nove-

dosas de organización interclasista, y desde donde sería posible fomentar un movimiento social con mayor disponibilidad de recursos. Ello exige la adecuación y construcción de un discurso, que vincule el lenguaje juvenil contemporáneo a las causas estructurales del deterioro ambiental, pero además implica una acción decidida de fortalecer la organización ecológica-popular y desde allí, una serie de acciones dirigidas a establecer alianzas duraderas con aquellos sujetos —dispersos— pero activos, de los estratos altos. Esto conduciría a un aprendizaje del lenguaje y de la experiencia de todas las partes, tanto del relacionarse con la naturaleza y su disfrute, como de la voluntad y organización necesarias para su defensa.

La práctica deportiva, como actividad básicamente juvenil, es un tema que concita y moviliza un fuerte número de jóvenes. Sin embargo, a pesar de ser una práctica que forma el carácter, la disciplina y el espíritu de grupos, es algo no tomado tan en serio, ni por el Estado, ni por las organizaciones políticas; Por lo general, resulta del acto espontáneo de las gentes. Vale la pena anotar, que los deportes colectivos o de grupo, tienden a predominar más en los sectores populares que en los estratos altos, donde el deporte individual es de mayor preferencia. La actividad deportiva grupal es de importancia porque a través de ella, se identifica el joven con su territorio y tiene a su vez la posibilidad de ser reconocido dentro de la colectividad.

La organización juvenil en torno a la paz, es algo realmente inexistente. Esta se da como uno de los objetivos entre muchos y se concibe como el resultado de otro tipo de actividades, las que casi siempre conciernen al desarrollo comunitario y la recreación. No se da por tanto una organización juvenil, cuyo objetivo principal sea la paz,

aspecto que por lo general es algo subsidiario. Aun así, se dan algunas manifestaciones colectivas en su nombre, que por lo regular no obedecen a una planeación autónoma de los jóvenes, sino a la actividad de redes y coordinadoras más amplias, donde se suman a otros actores de mayor perfil político y organizativo como la iglesia, las ONG y los sindicatos.

Algo similar se puede decir con respecto a las organizaciones juveniles religiosas. Estas por lo general, obedecen a las directrices de la institución católica o de cualquier otra. Aunque existan márgenes de libertad, lo cierto es que este tipo de organizaciones se conciben dentro de una estructura jerarquizada, preconcebidos como organismos reproductores de la institución misma. Empero, este es el tipo de organización más regular y extendida, por el apoyo económico y de dirección brindado por la iglesia, lo que garantiza la formación de una dirigencia juvenil comprometida con los principios de la institución. En estricto sentido, más que hablar de organización juvenil, habría que referirse aquí a una organización eclesial —pastoral—, orientada a la formación religiosa juvenil, ya que no es un proyecto nacido autónomamente sino implantado.

Criterio similar se debe aplicar para organizaciones tipo milicias o de juventudes adscritas a movimientos o partidos políticos. Aquí, la organización juvenil es un vehículo de transmisión de una forma de pensamiento, de una corriente de acción y opinión política, cuya elaboración no esta a cargo de los jóvenes mismos, sino que se inscribe dentro de los marcos más amplios y generales de la organización política.

En la actualidad, estas formas de organización se encuentran sumamente debilitadas. Por un lado, las milicias

han venido perfilándose más claramente como organizaciones políticas, que, aunque compuesta por jóvenes en su mayoría, no son esta su razón de ser. Por otro lado, movimientos políticos como la JUCO y el FER-SP, se desarrollan fundamentalmente en el ámbito estudiantil y están compuestos por una minoría de militantes, movidos por una idea o voluntad de transformar y revolucionar el Estado.

Parecido a lo anterior, pero con ideas políticas diferentes, se dan las juventudes liberales y conservadoras, donde sus integrantes están movidos de manera clara, por la expectativa de una carrera política y hacer parte de las cuotas burocráticas del Estado.

Hasta aquí es observable que la mayoría de lo llamado "movimiento juvenil" no es algo autónomo; a excepción de algunos grupos ecológicos, artísticos y recreativos, la mayoría de la organización juvenil, está inserta en dinámicas de reproducción y confrontación de políticas mayores.

Sin embargo, es necesario observar otro tipo de manifestaciones juveniles, menos formales y más ligadas al ámbito de la estética y la lógica de la supervivencia bio-simbólica, las cuales, a su modo, nos muestran la anomia o falta de hegemonía ético-cultural de alguna corriente estética o política en particular. Por un lado, nos referimos al movimiento artístico juvenil de la ciudad, nucleado principalmente a través de las tendencias del rock y de algunos grupos de comparsas; y por otro lado, hablamos de la reproducción acelerada de bandas juveniles (gangs).

Es así como el rock, como movimiento en general, es introducido al país, vía industria cultural, pero rápidamente se arraiga y transforma de acuerdo con las realida-

des tercermundistas. Como tal, representa un producto y factor de la secularización social; en tal dirección se ubica frontalmente en contra de la tradición y genera una estética juvenil autónoma, que a su vez asimila rápidamente los cambios tecnológicos y sociales de su tiempo. A su alrededor, surgen inicialmente "comunidades de gusto" que a través de la música, irán elaborando un discurso y una forma de ser en el mundo.

De los años 70s a la fecha, el rock se ha transformado enormemente. Entre sus ires y venires, se han ido configurando tendencias subterráneas (underground) y otras comerciales. Son sobre todo, las tendencias "underground", las que merecen destacarse, pues es a través de estas que se expresan las angustias y deseos de una juventud secularizada, la cual de manera autónoma, ha logrado mantener una dinámica en donde se han integrado diversos sectores socio-espaciales de la ciudad. Más de 50 grupos musicales (entre Rappers, Hardcores, Alternativos, Metaleros), cuatro revistas periódicas y una cierta regularidad de conciertos, dan cuenta de esta fuerza juvenil, que sin embargo, mantiene como uno de sus estándares su independencia y autonomía, muy a pesar de que exista una asociación como "Asorock".

Algo similar a ocurrido con fenómenos como "Barrio Comparsa", el cual ha originado una actividad replicante y de emulación en muchos barrios populares de la ciudad, surgiendo así grupos de proyección artística caracterizados por su independencia. Ambas dinámicas artístico-culturales, si bien desligadas inmediatamente de cualquier partido o movimiento político, constituyen en si un hecho de cultura política, ya que además de asumir posturas frente a la tradición y la autoridad, son espacios donde la paz, la guerra, lo ecológico, la realidad econó-

mica, la dependencia nacional, la crisis de futuro, entre otros aspectos, son temas de discusión.

Por otra parte, las bandas juveniles constituyen la explosión de un encadenamiento de situaciones, donde la pobreza y aspiraciones psico-sociales nuclea el asunto. Esta es una forma espontánea —en su mayoría— de agrupamiento juvenil, la que deriva en lo fundamental, hacia la autogestión económica y la búsqueda de reconocimiento.

En su interior, habita la conciencia de ser-joven y el deseo de no ser-como-los padres; un relativo anhelo de gozar la vida y morir temprano. La banda se confirma en el centro, desde donde se observa el mundo. La historia y la sociedad son cosas que, desde esta lógica, prácticamente no existen.

Segregación social y pérdida del sentido trascendente de la vida, son hechos que se conjugan en la producción de unos jóvenes que se viven y se asumen en guerra contra el mundo. La banda expresa a su modo, la actitud vengativa de una generación sin ilusiones y sin honor, que, descreída de la política, solo cree en el poder de la fuerza y el dinero. La lucha deja de ser por integrarse a la sociedad (tal como sus padres, primeros pobladores, lo hicieron), sino por aprovecharse de la sociedad. A su modo, los "gangs" creen estar ejecutando una redistribución de la riqueza cuando roban bancos, autos o secuestran, por que no acumulan sino que reparten a sus amigos, a sus familiares; es una versión anómica de una lucha de clases, donde no se pretende el poder político, sino que el goce es lo importante.

Someramente, podemos observar dos grandes tendencias en torno a la organización y agrupamiento juvenil: una espontánea, surgida desde el mundo de la vida, que a su vez es mediación y es contenido. Las bandas y

"galla
ecológ
respo
zación
minio
da por
cialist
ciacio

Ca
las mi
cione
media
del Es
este a
organ
sector
nes ju
legali

Po
inform
nil fo
organ

La
atract
sia, lo
dispar
tan c
parte,
cen a
paz, e
ción
la org
mient

"galladas", los "parches" de rockeros y algunos grupos ecológicos y artísticos pueden ubicarse aquí. La otra, corresponde a procesos planificados de creación, de organización, donde la Iglesia Católica presenta un gran predominio a través de sus pastorales y grupos juveniles, seguida por movimientos y partidos políticos de tendencias socialistas que han logrado influir en organizaciones y asociaciones comunitarias.

Cabe anotar, como a partir de los procesos de paz y las mismas dinámicas de violencia, este tipo de organizaciones, con algún ascendente de izquierda, facilitaron mediante convenios o movilización social, la presencia del Estado con programas dentro de la juventud, pasando este a ser un actor de primer orden en la dinámica de la organización juvenil, a través de planes de desarrollo sectorial y ayuda financiera a cierto tipo de organizaciones juveniles que se ajustaran a los requerimientos de la legalidad.

Podemos hablar entonces de una organización juvenil informal y autónoma y de otro tipo de organización juvenil formal no autónoma, o vinculada a otros procesos de organización socio-política.

La organización informal aparece como un espacio atractivo, al cual quieren extender sus actividades la iglesia, los partidos políticos, las ONG, etc. Sin embargo, la disparidad de valores y formas de ver el mundo, dificultan cualquier intento de inserción o dirección. Por otra parte, las organizaciones juveniles formalizadas, aparecen articuladas a procesos más generales que, como la paz, el desarrollo zonal, etc., les va exigiendo una posición política al respecto. Y es aquí precisamente, donde la organización juvenil se muestra subsumida bajo lineamientos exógenos y por lo tanto, el análisis traspasa de lo

específicamente juvenil al análisis de las fuerzas políticas con presencia en este sector, y por tanto, de sus contenidos y de sus formas de inserción.

Este es un asunto poco discutido e investigado en la ciudad, salvo algunos pocos estudios sobre milicias y juventud. Al respecto expresaremos unas breves ideas generales, que más bien nos pueden servir como hipótesis a tener en cuenta para futuros trabajos e investigaciones:

● **La Iglesia Católica**, ha sido históricamente la institución con mayor presencia dentro de las capas jóvenes de la sociedad, dada su función histórica tutelar en el país de la educación y formación moral.

A partir de la década de los 60, bajo la amenaza de las revueltas estudiantiles y los procesos revolucionarios en lo social y cultural, bien sea por empatía progresista o por adaptación conservadora, transforma sus estrategias de vinculación y se abre a más temas y formas de organización. Ya no se trata solo de grupos de oración, sino de formación y discusión moral, social y política. La iglesia se abre hacia los sectores populares, bien sea como "opción preferencial por los pobres" o por prevenir los efectos culturales de la modernización. Dentro de su estrategia, sobresale el trabajo con la juventud, como una forma de mantener viva y reproducir la fe católica y a su vez como un mecanismo para enfrentar la influencia de otras doctrinas no católicas, ya sean de carácter religioso o político.

La iglesia ha desarrollado al respecto, toda una metodología de carácter misional, sistematizando experiencias y lo más importante, buscando obtener éxito en la formación de líderes, al interior de las zonas de su trabajo. Todo ello garantizado por una infraestructura económica y doctrinaria, que la hace ser el actor con mayor peso dentro de la juventud organizada.

●
y Lib
cuenta
forma
ha ob
mada
mente
menta
márke
auté
des lil
cienci
con q
rias p
botín
rocrát
tes m
sh H
en la
releg
manij
juven
●
quier
bajo
en el
E
bia e
lenin
sujeto
tanto
tas. A
de ap

● **Los partidos políticos tradicionales** (Conservador y Liberal), solo muy recientemente vienen a tener en cuenta la población joven, sobre todo debido a las transformaciones en la estructura política electoral, que los ha obligado a buscar cada vez más votos dentro de la llamada “franja” abstencionista, compuesta mayoritariamente por los jóvenes. De allí, que las estrategias implementadas se fundamenten en principalmente en torno al marketing político de masas, careciendo por lo demás, de auténticas organizaciones juveniles, así existan “juventudes liberales” o “juventudes conservadoras”. Esta insuficiencia, pensamos que es causa de la lógica clientelista con que tradicionalmente han funcionado estas maquinarias políticas, que teniendo relativamente asegurado el botín del Estado, se limitaron a alimentar unas cuotas burocráticas, alejándose (o no participando) de los diferentes movimientos sociales.

Hoy, las transformaciones en la dinámica electoral y en la estructura de la administración pública, los obliga a relegitimarse ante la sociedad y buscar, a través de la manipulación de los temas más relevantes dentro de la juventud, una aceptación por parte de esta.

● **Los partidos y organizaciones políticas de izquierda**, empezaron también relativamente tarde su trabajo con la juventud, entrando casi que exclusivamente en el ámbito estudiantil universitario y de secundaria.

Eran los tiempos de los 70s y la izquierda en Colombia estaba hegemonizada por las corriente marxistas-leninistas (maoístas). Al joven no se le concebía como un sujeto en si mismo, sino que su organización era vista en tanto “correa de transmisión” de la definiciones partidistas. Así, el joven era preparado y adoctrinado para servir de apoyo a las tareas revolucionarias e ingresar a los ejér-

citos o comandos insurrectos.

Aunque la influencia de este tipo de organizaciones era mínima, en cuanto a cantidad de miembros, llegó a ser grande en cuanto a preparación de huelgas y movilizaciones estudiantiles.

Por su actividad llegaron a sobresalir organizaciones como la J.R de C del pcc (m-l), la JUPA (del Moir) y la JUCO (del pcc), aún existente. La presencia de estas organizaciones fue casi que nula en los barrios populares, espacio que lentamente (fuera de la Iglesia Católica) fue llenado por pequeños movimientos autónomos de izquierda, que dentro de su dinámica de trabajo popular, involucraron a los jóvenes dentro de actividades no sólo sectoriales, sino que implicaban todo el espectro de la vida barrial y a su vez generaban una confluencia con los llamados "Católicos revolucionarios" o de la "Teología de la liberación". Aquí, la organización de los jóvenes no se definía por su carácter de edad sino por su actividad de proyección: grupos de bibliotecas populares, grupos de recreación, grupos de danza y teatro, etc. La idea era involucrar toda la población y buscar la toma de conciencia de sus problemas. De este tipo de organizaciones, resultaron varias movilizaciones barriales, casi todas en torno a la infraestructura y equipamiento urbano, que daban cuenta de su capacidad coordinativa y del ánimo que les impulsaba.

Posterior a los diálogos de paz con el expresidente Belisario Betancur Cuartas, la izquierda, como totalidad, sufre un reflujo y se avoca a grandes discusiones y divisiones internas.

Esto se deja sentir mucho más fuerte, a partir de los sucesos de Europa del Este, los que representan una grave crisis y ruptura ideológica, que dejan sin referente a mu-

chas de estas organizaciones, logrando resistir aquellas que se habían enraizado dentro de las comunidades y que actuaban más por intereses concretos que ideológicos.

En este caos de paradigmas políticos, alimentado por la sangría urbana, la organización popular se orienta hacia el Estado de manera concertada pero tímida, de suerte que la organización juvenil va a estar permeada, de una manera más fuerte por los intereses de gobernabilidad estatales. De este modo, la izquierda se desarticula, y en cuanto discurso político coherente, pierde influencia entre los jóvenes. Tan solo van a permanecer pequeños grupos, que inspirados en idearios libertarios y anarquistas, buscarán realizarse como modo de vida o propuesta de fuga a través de prácticas ecológicas y estéticas, renuentes a relacionarse con el “eficientismo” y la burocracia. Es el caso de algunas comunidades, que emigraron de la ciudad al campo y de subculturas como el Punk-Hard-Core, apoyado en sus orígenes por las corrientes anarquistas de la ciudad, tal como lo constituía el bloque de los “amplios”.

● **Para el Estado**, la juventud como tema, es algo realmente novedoso. Es a partir de la constitución del 91, que esta viene a ser tenida en cuenta como factor constituyente de la realidad política colombiana. Pero la emergencia de la juventud dentro de las políticas estatales —lo cual conllevó a la creación de un Viceministerio de Juventud, adscrito al Ministerio de Educación en el año de 1993—, estuvo precedida de una fuerte oleada de violencia juvenil en las grandes metrópolis del país, que destapó la inexistencia de una directriz y una política estatal al respecto. Todo ello evidenció además, la falta de legitimidad del Estado y su fuerza pública al interior de la juventud. De allí que la creación de un Viceministerio de

Juventud, correspondería también a diagnósticos como los de la Consejería de Paz para Medellín, en el sentido de buscar la “reinserción” del Estado en las comunidades y sobre todo, intentar su aceptación por parte de los jóvenes. Ello ha conducido a la implementación de diferentes tipos de proyectos, que pasan por la capacitación económica y empresarial hasta la intermediación entre los conflictos armados juveniles de carácter no políticos. Sin embargo, pensamos que el mayor interés gubernamental, se ha centrado en la promoción de la organización juvenil formal —bajo la perspectiva de la participación y formación de ciudadanía— y en el desarrollo de programas que, como “Vida para todos”, buscan cambiar la percepción social de La Policía y crear las condiciones para la colaboración entre ésta y amplios sectores de la juventud.

En este sentido, la actividad del Estado entra a confundirse con la actividad de múltiples ONG'S, ya que es a través de estas principalmente que el Estado implementa sus programas.

Ello también indica una cierta coincidencia (o asimilación) de las propuestas, sobre derechos humanos y participación política entre las ONG y el Estado. De suerte que éste, a través de sus programas juveniles y la colaboración de ONG'S, tiende a relegitimarse y ampliar su base social dentro del sector más conflictivo y mayoritario de la sociedad.

V. A MODO DE CONCLUSION: LA JUVENTUD, UN ESPACIO DE DISPUTA POR LA HEGEMONIA ÉTICO-CULTURAL

A estas alturas del análisis, nos atrevemos a decir, que en general, la mayoría de jóvenes en Medellín, se encuentran desvinculados a cualquier tipo de organización

formal.
ciudad,
ral y es
rro en s
dolos a
signific
en cam
sujetos
espacio
que afi

Est
ción c
ción y
comur

No
ples r
cionis
zan p
toriali
alejad
meno:
cione:
recrea
rior d

Es
tes de

●
nar la

●

mos
la luc

P
orgar

formal. La lógica misma de la violencia que ha vivido la ciudad, ha llevado a ser más difícil la organización natural y espontánea de los jóvenes, impulsándolos al encierro en sus casas, al consumo de radio o TV, o desplazándolos a otras zonas más neutrales: es decir, el barrio como significativo de la cotidianidad del joven se ve reducido y en cambio, tiende a ser apropiado por aquellas bandas o sujetos armados. Mientras que para unos el barrio es el espacio del temor y lo negado, para otros es el territorio que afirma su poder.

Esta dinámica, sumada a los procesos de modernización capitalista, incrementa los niveles de individualización y descomposición de la vida y organización social comunitaria.

Nos encontramos, que entre esta lógica surgen múltiples reacciones: unas, optan por el encierro y el aislamiento, actitud demasiado frecuente. Otras, se esfuerzan por construir redes de amigos con otros barrios-territorialidades y en la medida de lo posible, mantenerse alejados de su propio lugar de residencia. Algunos, los menos frecuentes, son canalizados a través de organizaciones y procuran desarrollar actividades de educación, recreación, promoción, etc., no sin ciertos riesgos al interior de sus propios barrios.

Esto nos conduce a considerar dos aspectos integrantes del fenómeno juvenil:

- **Juventud y territorio**, o lo que podríamos denominar la organización juvenil barrial. Y

- **Juventud y desterritorialización**, o lo que podríamos entender como prácticas juveniles desvinculadas de la lucha o apropiación por un espacio barrial.

Por una parte, nos encontramos con que la mayoría de organizaciones juveniles formales tienen una adscripción

territorial, lo mismo que los grupos juveniles armados (bandas y milicias). Por otro lado, observamos que la mayoría de los grupos nucleados en torno a la cultura y el arte, tienden a romper los marcos territoriales y a configurar una nueva espacialidad y apropiación de la ciudad.

Desde un punto de vista político tradicional, la presencia en y la cooptación de las Organizaciones Juveniles Formales (O.J.F.), significa la búsqueda o mantenimiento de la hegemonía en un territorio, aunque ello no baste para el mantenimiento del poder inmediato sobre el mismo, tal como las bandas juveniles y las organizaciones milicianas lo han puesto en evidencia.

Sin embargo, la lucha por la hegemonía en y a través de estas O.J.F., representa la posibilidad de crear un telón de fondo (Background) de ciertas prácticas y concepciones que legitiman el establecimiento o que puedan entrar a confrontarle. Ello se da sobre todo cuando las O.J.F. se introducen en cuestiones como la planeación y ejecución de obras y programas de interés local e inclusive, entran a participar en las elecciones para corporaciones públicas, tipo las Juntas Administradoras Locales y Consejos Municipales de Juventud.

Qué nociones de justicia, de desarrollo, de libertad y de equidad se introducen en estas organizaciones juveniles, es algo sumamente importante establecer, puesto que de ellas surgen los líderes políticos que representarán a sus comunidades. Al respecto, es posible observar como la Iglesia Católica, aunque no directamente representada, ha logrado que su pensamiento haga parte estructural del imaginario político de las juventudes organizadas, y también ha logrado asimilar y hacer valer como suyas, reivindicaciones y propuestas surgidas por fuera de sus espacios de influencia. Es válido afirmar que las O.J.F., no

son movidas —salvo contadas excepciones— por algún tipo de pensamiento o doctrina surgida de los partidos Liberal, Conservador o Comunista; la doctrina social de la iglesia se ha mostrado más vigorosa y respaldada que cualquier otra en nuestra ciudad.

La izquierda se ha visto incapaz de adecuar su discurso a las nuevas realidades, de proponer una alternativa política diferente a la doctrina social de la iglesia o de generar una dinámica cultural que provea a los jóvenes de un imaginario moderno pero solidario.

Es paradójico encontrar, que muchas de las versiones más politizadas de la juventud, se encuentren por fuera del ámbito de influencia de partido alguno. Ello ha generado cierto caos y confusión ideológica, entre una juventud que rechaza la tradición, la mera explotación capitalista de individuos y naturaleza, pero que también exige ciertas soluciones autoritarias para problemas como son las drogas, la delincuencia e inclusive la prostitución y el travestismo. En Santafé de Bogotá, ello ha llegado a niveles más radicales, donde por ejemplo, existe una guerra declarada entre red skins y skin fascistas, y a su vez entre estos y “gomelos”.

Este relativo fracaso de la izquierda frente a la juventud, nos indica su incapacidad de proveer y fomentar en la juventud ciertos valores acordes con sus realidades. En ello la iglesia ha sido mucho más eficiente: para ella, lo más importante ha sido la educación moral y a partir de allí y en la medida de lo posible, cierta proyección social. En otras palabras, la izquierda no ha generado en estos tiempos un movimiento artístico, cultural e intelectual, que se muestre como alternativa a la iglesia y a su moralidad, en la cual se esconden los dos partidos tradicionales y la que tampoco ha bastado para encontrar otros hori-

zontes, a las nuevas situaciones existenciales de la juventud anónima y disconforme de la ciudad.

Observamos que los intentos por producir fugas simbólicas, nuevos espacios de reconocimiento, se suceden de manera aislada y no logran crear corrientes o movimientos y si alguna organización de izquierda se vincula a ellos, ocurre un alto riesgo de utilización inmediatista, que desconoce la independencia y autonomía creativa, generando a la larga, mayor escepticismo con cualquier tipo de vinculación.

Y aunque se afirme que en Medellín acaece una crisis de valores, reflejada en los índices de criminalidad y delincuencia, lo cierto es que la iglesia conserva una hegemonía ético-cultural dentro de aquellos sectores claves de la juventud, ligados de múltiples maneras al hecho político, que la hace ser la institución más fuerte y representativa. A su vez, esta crisis de valores señala la irrupción de unos nuevos imaginarios y mentalidades urbanas mass-mediatisadas, que desbordan los arquetipos previstos de comportamiento y que además han estado desvinculados a cualquier proyecto de ciudad-región como sujetos autónomos y partícipes, lo que se puede interpretar también como una retaliación inconsciente a una práctica de segregación histórica.

Es preciso entonces, avanzar en la comprensión del fenómeno de secularización anómica de la juventud en ciudades como la nuestra, en la medida que ello posibilita acercarse y renovar el sentido de la acción individual.

Autonomía e individualidad que, por cierto, son muy caras a la tradición hispano-católica y que en la medida de su represión y mal-comprensión, han significado un obstáculo para la elaboración cultural y espiritual en nuestro territorio.

Esta libertad sistemáticamente negada, viene a ser recobrada paradójicamente sólo en sus términos positivos (libertad para...), a través de unos medios de comunicación y entretenimiento que la desvinculan de cualquier compromiso, responsabilidad social o sentido histórico —trascendental— que signifique esfuerzo, creación y autenticidad.

Una renovación de la política de la ciudad, exige no sólo una proyección hacia la juventud organizada, sino también hacia esa otra juventud dispersa, que en su extensión hace parte importante de la opinión pública. Ello implica renovar —no sólo maquillar— las concepciones de tiempo y el espacio, promover la ilustración sobre lo público, a la vez que fomente la autonomía y la autoestima, buscando la generación de nuevas élites dinamizadoras del arte, la ciencia y la política, que asuman su sentido de pertenencia a un territorio, que reelaboren sus patrones de identidad y por lo tanto tengan una mayor capacidad de inter-relacionarse con el mundo. Todo esto demanda la comprensión dialéctica de la relación entre lo grupal (colectivo) y lo individual, porque no se trata solamente de conservar (o recuperar) el sentido de lo comunitario, sino también de la experiencia como sujeto particular y creador.

Ello se hace exigente en estos tiempos, en los que a través de la aparente diversificación del consumo cultural y la individualización productiva, el individuo ve restringidos sus ámbitos de movilidad, además de padecer la continua fragmentación espacial de las ciudades y por tanto, de vivir excluido —encerrado— dentro de las mismas.

En la lucha por la transformación política de la ciudad, el espacio de la juventud es clave para la construcción de

una hegemonía ético-cultural, que posibilite mayor equidad social y libertad individual. Los jóvenes hoy en día, no están dispuestos a una utilización maquinal de ellos, ni a un adoctrinamiento alejado de sus intereses vitales. Sólo a partir de recuperar ese disgregado sentido de pertenencia a un barrio, una ciudad, un Departamento, es posible reorientar en parte, mucha de esa energía que se dispersa en agresividad y violencia gratuita, que en últimas, muestra las señales de una gran enfermedad mental.

La actividad y propuesta hacia los jóvenes, no se puede quedar en fríos llamados a la paz y al aquietamiento de los espíritus. Es necesario recuperar el mundo simbólico, el imaginario de su cotidianidad y a partir de allí, procurar un diálogo con la cultura universal, con las posibilidades y potencialidades del conocimiento científico y la formación estética, que procure el descentramiento de estos sujetos y comunidades y los enfrente al mundo.

Una formación política que empiece por el aprender a solucionar y negociar los conflictos intergrupales y comunitarios y que a su vez vaya preparando individuos para el debate público y la gestión de la ciudad, que asuman la política como el espacio de las confrontaciones y las alianzas y que por lo tanto demanda conocimientos objetivos de la realidad, una gran pericia y prudencia, para no terminar defendiendo sólo intereses particulares.

Por eso es necesario insistir en que, la búsqueda de dinamizar el espacio de la juventud, no se puede limitar a la capacitación en la elaboración y gestión de proyectos, a una formación política sesgada de las necesidades expresivas de la juventud.

Se precisa retomar críticamente toda nuestra historia (local y regional), asumir conscientemente toda la violencia, sangre y muerte que nos ha tocado padecer, para

superar ese pasado y esos elementos de la tradición que han provocado tal hecatombe. Ello quiere decir que se debe relacionar al joven con sus ancestros y sus dirigentes —orientadores políticos históricos—. Se hace necesario auscultar y hacer evidente quien toma las decisiones que afectan su cotidianidad y como lo hace; es crear espacios públicos donde no existen; es formular no sólo proyectos de autogestión económica, sino también de autopercepción histórica y de reformulación simbólica.

Como vemos, todo esto consiste en inscribir la juventud dentro de un vasto proyecto político-cultural, que demanda, en primer lugar, la autoconciencia histórica de aquellos que promueven el trabajo juvenil, lo cual se traduce en estar abiertos al mundo, a conocer las problemáticas de las grandes urbes y los modos de vida que van generando; a apropiarse de unos códigos y lenguajes mediante los cuales se introducen las nuevas percepciones de lo existente; a no olvidar las historias locales, y sobre todo, a no tratar los jóvenes como ingenuos, tontos o menores de edad; a desligarse de prácticas burocráticas y autoritarias.

Propiciando el espacio para la creatividad, la crítica, la autonomía y la responsabilidad, la acción tutelar será cada vez menos indispensable y la política algo más ligado a los propios jóvenes y comunidades.

Desde la perspectiva psicológica este período de la vida está caracterizado por la aparición de los procesos formativos de la personalidad.

Por otro lado, desde la visión antropológica este período de la vida está caracterizado por la aparición de los procesos formativos de la personalidad.

APROXIMACIÓN AL TEMA: JUVENTUD Y SENTIDO DE VIDA

**Perspectiva: los jóvenes como
actores sociales y políticos**

Diego Pérez
Investigador

CINEP, Santafé de Bogotá

I. SIGNIFICACIÓN SOCIAL DE LA JUVENTUD

La juventud es una etapa de preparación, a cuyo término el sujeto se incorpora a la vida adulta, transición en la cual debería cumplir un papel fundamental, de preparación, la familia. Sin embargo, la educación masiva ha delegado en el núcleo familiar la tarea de preparar a los individuos para su posterior transformación en obreros, jefes o capataces de acuerdo con las nuevas demandas del mercado.¹

Desde la perspectiva psicológica este período de la vida está caracterizado por la aparición de los procesos formativos de la personalidad.

Por otro lado, desde la visión antropológica este período de la vida está caracterizado por la aparición de los procesos formativos de la personalidad.

Por otro lado, desde la visión antropológica este momento se reconoce como un estado intermedio entre la infancia y la etapa adulta, mecanismo de ascensión social que ha sido llamado "rito de paso".

Existe una tendencia a la criminalización, penalización y tratamiento de desviación social a los comportamientos de la juventud actual y a sus formas de interacción.

Dentro de las teorías generales, clásicas, sobre criminalidad ha sido recurrente la teoría de las subculturas criminales. El término hace referencia a las actividades delictivas —junto con las normas, los valores y las estructuras que las afianzan— tradicionales entre los miembros de un grupo o de varios grupos de jóvenes (Cohen 1955).

(Cloward y Ohlín 1960) han sugerido la siguiente clasificación: Las subculturas antagónicas son redes de bandas que pelean periódicamente por la posesión de un determinado territorio (dentro de un barrio o vecindad), para vengar insultos reales o imaginarios, por la exclusividad de las muchachas, etc.

Las subculturas criminales son las que pretenden obtener un beneficio económico por medios ilícitos, con una organización y unos planes que a veces implican control de mercados y protección contra la intervención de la policía. La banda y los acuerdos con los adultos, son rasgos característicos de las subculturas criminales en contraste con las redes de bandas que constituyen las subculturas antagónicas.

Cloward 1959, trata de hacer una síntesis sobre las teorías de las subculturas criminales, extendiendo el concepto de distribución social de las oportunidades de acceso a los medios legítimos al acceso a los medios ilegítimos.

Señala que entre los diversos criterios que determinan

el acceso a los medios ilegítimos, las diferencias de nivel social son ciertamente las más importantes. Aun, en el caso de que los miembros de los estratos intermedios y superiores estuviesen interesados en emprender las carreras criminales del estrato social inferior, encontrarían dificultades para realizar esta ambición a causa de su preparación insuficiente. La mayor parte de quienes pertenecen a las clases medias y superior, no son capaces de abandonar fácilmente su cultura de clase para adaptarse a una nueva cultura. Por otra parte, y por la misma razón, los miembros de la clase inferior están excluidos del acceso a los papeles criminales característicos de los de "cuello blanco".

Pero la teoría funcionalista y la de las subculturas, no se planean el problema de las relaciones sociales y económicas sobre las cuales se fundan la ley y los mecanismos de criminalización y estigmatización que definen la cualidad de criminal de los comportamientos y sujetos criminalizados.

En esta dirección surge el nuevo paradigma criminológico o enfoque de la "reacción social", que parte de considerar que es imposible comprender la criminalidad si no se estudia la acción del sistema penal que la define y que reacciona contra ella, comenzando por las normas abstractas hasta llegar a la acción de las instancias oficiales (policía, jueces, instituciones penitenciarias que la aplican).

El estatus social del delincuente presupone necesariamente, por ello, el efecto de la actividad de las instancias oficiales del control social de la delincuencia, de manera tal que no llega a formar parte de ese estatus quien, habiendo tenido el mismo comportamiento punible, no ha sido alcanzado aún por la acción de aquellas instancias.

Este último, por tanto no es considerado por la sociedad como **delincuente** ni lo trata como tal.

Lemert 1967 señala: "Pienso más bien que los grupos sociales crean desviación, aplicando estas normas a determinadas personas y etiquetándolas como outsiders. El desviado es una persona a quien el etiquetamiento ha sido aplicado con éxito".

Austin Turk, que asume este enfoque para aplicarlo a su estudio de la sociología del conflicto, concluye que la **delincuencia** es, desde un punto de vista operacional, no propiamente una clase o combinación de clases de comportamiento, sino más bien una definición de los preadultos por parte de quienes están en la posición de aplicar las definiciones legales.

En lo que se refiere a la violencia urbana, aun con el grado de análisis y comprensión que hoy día se ha ganado frente al fenómeno, tenemos el reto de formular reflexiones, indagando por los grupos sociales que actúan, por los mecanismos mediante los cuales los actores sociales operan, por la estructura social que posibilita y/o alimenta determinados tipos de violencia y por las dinámicas sociales, locales que esto va generando (Camacho y Guzmán 1990).

Hemos constatado la imposibilidad de analizar la violencia en la cual participan los jóvenes, sin indagar por la violencia urbana en general y sin descubrir las conexiones entre quien desarrolla una acción violenta y un conflicto que lo vincula con actores que aparecen como desligados de toda violencia.

Por eso, antes que "determinar" a los jóvenes como actores de violencia, hemos tratado de mostrar las "redes" de conflictos urbanos, las "inter-acciones" de jóvenes, que culminan muchas veces en acciones violentas.

Frente a estos discursos globalizadores que atribuyen a la juventud una visión subordinada, los jóvenes han generado sus propios espacios sociales que se concretan en territorios y significaciones donde generalmente establecen nuevas relaciones de poder y donde construyen su identidad.

Estos espacios sociales, y por ende los jóvenes como protagonistas, son vistos como un potencial peligro social, como una amenaza contra la institucionalidad (familia, escuela, Estado) y por tanto la actitud hacia los mismos va en el sentido de la exclusión y la criminalización de la juventud y de sus ámbitos de interacción.²

Pero el protagonismo de los jóvenes no sólo está determinado por su cantidad numérica, que es la mayoritaria con relación a la población en general, sino por la relación que establecen en el espacio interno —hogar— y el externo, determinado por la calle³ que se constituye como un lugar conquistado por la juventud.

La situación en los sectores populares es crítica y corresponde al ambiente cotidiano en el cual los jóvenes están creciendo: El hogar como espacio interno no les ofrece una real forma de comunicación y de interrelación para la convivencia⁴ y, por otro lado, no existe un espacio externo común donde los jóvenes puedan encontrarse socialmente.

La inadecuación e insuficiencia de los espacios comunes a las necesidades de los jóvenes, determina que estos terminen superándolos lo que, de alguna manera, ocasiona conflictos de diverso tipo.

Estas carencias que vive el joven lo llevan a buscar otros espacios que llenen sus necesidades y que le permitan desarrollar sus potencialidades de creación y acción inmediata.

Los jóvenes, ante la necesidad de espacios de recreación y de encuentro, se organizan de diferentes formas y tienden a formar grupos homogéneos, definidos por la posición socio-económica de sus familias de origen. Es decir, su organización espontánea nace de la cuadra o del barrio con múltiples intereses que van desde el compartir el tiempo libre, intercambiar "cultura", hasta generar bandas más estables dependiendo de las circunstancias y la capacidad de liderazgo de sus dirigentes. Este primer acercamiento a la problemática juvenil desde la organización del espacio, no excluye otras motivaciones de tipo familiar y cultural.

II. ESPACIOS DE INTERACCIÓN JUVENIL Y CRIMINALIDAD

Un elemento que determina la relación entre el hogar y la calle, es la construcción simbólica o de imaginarios que tiene el sector popular y que se refleja en la distribución del espacio donde elaboran sus representaciones y sus formas de apropiación.

Las formas organizativas de los jóvenes son un espejo de reciprocidad, donde las carencias de los miembros son satisfechas de inmediato. Sus redes de intercambio manifiestan esta misma característica de encuentro entre personas e interacción, mediante la cual se construyen y caracterizan los espacios.

Las zonas populares de Bogotá, tienen tradición en cuanto a la existencia de grupos juveniles que entre ellos mismos se llaman *parches*,⁵ en los niveles iniciales, *pan-dillas*⁶ y *galladas*, cuando ya han alcanzado algún grado de organización.⁷

En estos lugares se pueden observar jóvenes desde los 10 años que recorren el barrio "de arriba a bajo": Se

establecen en una esquina o parque. Esta actividad pública de reunirse —parchar— no tiene una hora fija, depende más de las motivaciones de los jóvenes.

Existen flujos cotidianos, de parches, galladas y bandas en los corredores de influencia, debido a la importancia de determinados espacios, donde se concentran sitios o esquinas en las cuales los jóvenes buscan diversión. La importancia de estos territorios está determinada por el hecho de que se constituyen como lugares de encuentro de galladas. Estos centros en algunas ocasiones se convierte en puntos de operación, tráfico y distribución de drogas.

Además del desplazamiento descrito, se observa entre los jóvenes un cambio de ritmo durante los fines de semana, flujo que se dirige desde los barrios en que habitan hacia los corredores de influencia, donde se unen la intensidad de la rumba con la posibilidad conseguir o lograr un "torcido".

Esta relación corredor-barrio, se explica básicamente por una necesidad de complementariedad entre la ubicación de un territorio, que al tiempo que permita la diversión y el encuentro, mantenga altos flujos que den la oportunidad para el robo o el atraco.

Los centros comerciales, como es lógico, se constituyen como lugares de confluencia de la mayoría de jóvenes tal como sucede en la localidad del "20 de julio".⁸

Además de los centros comerciales, deben citarse como espacios de encuentro las discotecas. En el centro comercial del "20 de julio" se encuentra "La Atlántida", una de las discotecas más importantes y concurridas que se constituye como lugar de encuentro de las galladas de la zona, que diferencian su estrato económico de los llamados gomelos⁹ que se divierten en la discoteca "Momo".¹⁰

Los espacios construidos por los jóvenes permiten su diferenciación, al tiempo que sirven como base de apoyo para la búsqueda de identidad que se empieza a edificar en el gusto por formas musicales determinadas y por el tipo de organización al cual pertenecen, sea esta un parche o una gallada. De esta manera, la identidad está definida por la vestimenta, los grupos musicales predilectos y el tipo de comportamiento.

En primera instancia se podría establecer una relación entre música y juventud, de tal manera que la primera define, tipifica e identifica a los jóvenes. Mientras los gomelos de la zona, que van desde los de vereda¹¹ hasta aquellos propiamente dichos, buscan discotecas donde se escucha "House Music", otros grupos (chamos) que se encuentran cruzados por el consumo de drogas y la delincuencia, por lo general prefieren el "metal". Es necesario resaltar que, el consumo de bazuco da más estatus que el de marihuana. Existen otros grupos conformados por jóvenes *sanos*,¹² pero que no son gomelos, que se identifican con la salsa.

III. CONFORMACIÓN DE ESPACIOS POPULARES - ANEXO

La población de los barrios populares se conforma fundamentalmente a partir de inmigrantes de provincia, quienes llegaron a ocupar las zonas periféricas¹³ durante la década del sesenta,¹⁴ periodo en el cual, bajo el auspicio del programa ejecutado por la política de los Estados Unidos de "La Alianza para el progreso", se planifica la construcción de centros satélites urbanos. Posteriormente, los ritmos de poblamiento fluctuarían entre migraciones rural-urbanas, internas urbanas, e internas locales.

El desplazamiento y los flujos de la población de las

zonas periféricas están determinados por las diferentes actividades que presentan, tales como el comercio informal, que se constituye en términos generales como la fuente más cercana, o al menos más propicia, de subsistencia.

Desde la década del 50 se aceleró el proceso de asentamientos en esta localidad. Básicamente quienes se ubicaron aquí, eran campesinos expulsados por la violencia (tolimenses y santandereanos) y otros provenientes de Boyacá, que emigraron para conseguir mejores posibilidades de tipo económico.

El proceso de asentamiento no se ha detenido. En Bogotá, cada 20 días aparece un barrio nuevo en las zonas periféricas, el cual irremediablemente entrará a compartir las mismas características de los sectores marginales: ausencia de participación del Estado en programas de bienestar, recreación y cultura que deberían dirigirse a los jóvenes. Esta carencia se hace más palpable hoy en día, pues la formación de nuevas urbanizaciones ha incrementado la población juvenil de la zona.

IV. CONCLUSIONES

- La práctica estética pervive con fortaleza, pero es recreada y transformada de tal manera que deja de ser un producto cultural para convertirse en un nuevo potencial estético y político.

- El rock-rap de las culturas negras (afro) o norteamericanas los adapta al poder local, nacional, al consumo, y a la poderosa industria cultural que le circunda.

- El espacio físico: la construcción del espacio está en función de la construcción de la identidad: la ciudad es un espacio social y culturalmente construido. Es una densa red simbólica en permanente edificación y expansión, lo cual permite una relación dinámica entre el espacio mental y el espacio físico.

- Cuando se impide esta relación, en otras palabras, cuando se impide la experiencia cultural como producción de sentido (en el espacio de la exterioridad) y la internalidad (en el adentro y el afuera), se produce la disponibilidad para la violencia (Winnicott llama a esto espacio potencial).

- El joven reordena el uso del espacio barrial: la esquina, la calle, la taberna y los convierte en ámbitos habitables y vivenciales desde donde construye sueños, donde se encuentra con la mutación, con el cambio permanente que desea.

- La teoría de la criminalidad y las subculturas juveniles, se constituye como un reto a las ciencias sociales pues no aspira a comprender el fenómeno juvenil, sino a descalificarlo globalmente de antemano, señalándolo como un problema de desviación social.

NOTAS

1. En general, los barrios populares son habitados en su mayoría por trabajadores que venden su mano de obra a las empresas de construcción de vivienda que tienen un desarrollo acelerado en la zona, o a talleres y pequeñas industrial metalmecánicas.
2. En general, para el mundo adulto la calle es el lugar de las drogas, los malos amigos y todos los peligros.
3. Los sectores populares viven diariamente los conflictos que suponen las migraciones, la marginación, la pobreza, la violencia, la ausencia del Estado y las invasiones urbanas entre muchos otros. Otros elementos que agravan la situación de la mayoría de estos lugares son los continuos conflictos que se agudizan por la falta de un espacio autónomo. La inexistencia de un sentido de propiedad, en este caso por parte del joven, sumado a la desmotivación que estos expresan por quedarse un tiempo mínimo en su casa, determina que la calle se convierta en un espacio de desahogo.
4. No sólo es la ausencia de condiciones materiales sino de esas otras que no se ven como el afectos y que se expresa en una relación deteriorada o ausente con sus padres.
5. El grado de pertenencia a estos, por parte de los jóvenes, determina que sólo salvo acuerdos preestablecidos un muchacho pueda pasar con tranquilidad de uno a otro.

6. Entre los años 20 y 30, los pioneros norteamericanos Thrasher y White, en Chicago y Boston, respectivamente, definen la forma de organización juvenil pandillas como grupos primarios ligados por lazos emocionales, íntimos, directos, espontáneos, capaces de ofrecer al adolescente una de sus primeras y más completas experiencias de relación social.

En los años cuarentas, la sociología estadounidense, llegó a delinear el rostro positivo de la pandilla, en cuanto constituía una forma coadyuvante a la socialización de los jóvenes al orden imperante.

Sin embargo, después de los cincuenta surge la explosión de estudios sobre las pandillas como expresión de conductas negativa y aún de amenaza social. Se trata de un cambio en la orientación en las necesidades del poder. Ya no se requiere estimular sino controlar y nulificar las experiencias juveniles, en cuanto comienzan a volverse críticas y contestatorias al orden establecido.

Esta forma —organizada— de protesta al no seguir forzosamente las reglas del juego de la oposición política institucionalizada, va a ser calificada de conducta irracional y nefasta. Desde esta perspectiva, la investigación social estará encaminada a captar los elementos “antisociales” de la pandilla.

En la vertiente durkheimiana, renace el concepto de “anomia”, de desorden o transgresión a la ley y en la vertiente mertoniana, como deficiente integración entre la estructura cultural y la estructura social.

Las organizaciones juveniles (pandillas) van a ser entonces definidas y estudiadas como “conductas desviadas”. Los medios de comunicación harán un importante refuerzo de esta teoría al presentar a los jóvenes como sujetos violentos, criminales y desviados, a quienes hay que rehabilitar socialmente.

7. Tradicionalmente se ha pensado que la mayoría de las veces estos grupos de jóvenes, actúan contra personas que no son específicamente del barrio o que siéndolo están indefensas. Su nivel de organización es precario. Hay cierta aprobación de los vecinos y los dueños de los locales comerciales mientras que a ellos no los roben.

Esta confluencia está marcada por actividades que van desde lo lúdico, pasando por la mendicidad hasta la manifestación de diversas formas delincuenciales.

9. A mayor nivel económico los jóvenes tienden a situar sus lugares de diversión hacia el norte de la capital entendida esta desde la calle 82 donde se encuentra la llamada “Zona Rosa”.

10. bicada en la carrera 19 con calle 34.

11. Los gomelos de vereda son aquellos que a pesar de los bajos ingresos de sus padres, de extracción campesina, buscan imitar los estereotipos que los medios de comunicación construyen y reproducen en personajes como los de “Clase de Beverly Hills”. Estos jóvenes de vereda contrastan con aquellos que por su nivel económico y por el origen urbano de sus padres, apropian los modelos extranjeros de otra forma.

12. Se entiende por jóvenes sanos aquellos que por lo general trabajan en

puestos de baja calificación, no consumen drogas y no presentan actitudes delincuenciales.

13. Los barrios populares se constituyeron mediante la compra, por parte de los primeros pobladores, de lotes a urbanizadores piratas quienes prometieron la instalación de los servicios básicos que llegaron años después con una calidad y cobertura precaria, manteniendo en la zona viviendas d tipo tugalial.
14. Durante la década del setenta se crearon algunos barrios como parte de un proyecto de recuperación de tierra para sectores pobres.

A
LA
len
dor
de
par
inté
la v
Gu
Vic
vio
que
cer
ten
hab

MUJERES JÓVENES: GENERADORAS, CÓMPLICES Y VÍCTIMAS DE LA VIOLENCIA EN MEDELLÍN

Claudia Tamayo

Socióloga - Educadora

Instituto Popular de Capacitación - I.P.C.

A MODO DE INTRODUCCIÓN: LA MUJER EN LA VIOLENCIA

Esta es una reflexión del papel de la mujer en la violencia: como víctima, generadora, cómplice y provocadora. Roles que permitirán observar los diversos papeles de las mujeres frente a la violencia y contextualizar la participación de estas, en un medio cultural violento. Se intenta analizar, no solo la violencia contra la mujer, sino la violencia que ella genera.

Comparto con Alvaro Camacho Guizado y Alvaro Guzmán Berney, autores del libro "Colombia, Ciudad y Violencia", su preocupación por la "cosificación" de la violencia, a la cual se le ha nombrado como un tercero que nada tiene que ver con cada uno de nosotros: un tercero malvado que destruye y arrasa, el cual pareciera no tener rostro ni naturaleza humana. Por eso cuando se habla de violencia parece que desapareciera el interés por

las causas, explicaciones y culpables; pareciese un fenómeno condenado al ocultamiento donde es imposible e inadecuado nombrarlo.

Tal vez, porque como elemento cultural, todos tomamos parte por acción u omisión en este asunto, lo sabemos, pero queremos ignorarlo, evadirlo, no enfrentarlo.

Igualmente, esta cosificación e instrumentalización, ha generado una visión de los hechos violentos, en la cual es necesaria la pérdida de la vida para nombrar la violencia. Hecho que ha llevado a descuidar otras situaciones, en las que la agresión no deja huellas en la piel sino en la psiquis de los sujetos que las padecen.

En general, los actos verbales y de actitud que agreden la condición del ser humano en su dignidad y respeto, son pocas veces mencionados como violencia, de ahí el peligro que corren los seres mas débiles de la sociedad: los niños, las mujeres, los ancianos y las minorías, puesto que las agresiones a su condición pasan a ser normales, legítimas e inevitables, tanto para quienes las emiten como para quienes las reciben.

Los violentos no sólo nos roban la vida, sino la posibilidad de vivirla, ningún pueblo con una baja autoestima puede llegar a Ser.

Se aborda este tema desde un enfoque, que permite concebir a la mujer desde diferentes roles: como creadora, cómplice y víctima frente a la violencia, situación a la que no se escapa ningún individuo de una sociedad altamente agresiva como la nuestra. De ahí la afirmación de que, las conductas y hechos violentos hacen parte de nuestra cultura, de nuestra forma de ser. Se tratará de mirar estos roles de la mujer en la violencia desde tres escenarios: **los grupos urbanos armados (bandas juveniles y milicias), la familia y el vecindario.**

En esta reflexión argumentamos que:

- En relación con la violencia que implica agresión física, la mujer es más receptora que emisora.
- Es más preponderante el papel de la mujer como cómplice y colaboradora en este tipo de hechos, que como ejecutora directa.
- La participación de la mujer en actos de violencia, que no implican agresión física¹ es mayor; incluso podría decirse que su participación en este tipo de violencia es mayor que la del hombre.
- Es la familia paradójicamente, el espacio en el cual la mujer recibe más violencia, pero al mismo tiempo, es ahí donde más violencia genera.

I. LA MUJER: CREADORA Y PROVOCADORA DE VIOLENCIA

A. En grupos armados

Según el último censo, en el municipio de Medellín la población femenina es de 839.547, equivalente al 54% del total de la población del municipio, lo que quiere decir que existen más mujeres que hombres en la ciudad².

Sin embargo en Medellín, en 1993 se recibieron 990 denuncias que relacionaban a mujeres en la ejecución de delitos, y en el mismo año se recibieron 11.942 denuncias de hechos en los cuales los sindicados eran hombres. Una cifra doce veces mayor que la primera.

Igualmente, es mayor el número de hombres que mueren en hechos violentos, en el período comprendido entre mayo 1986 a mayo de 1993: el número de homicidios fue de 31.386 hombres, mientras que el número de mujeres fue de 2.178, equivalentes al 6.5 % del total de muertes violentas por homicidios. Estas cifras también puede ser

reveladoras, de la poca presencia de la mujer en hechos relacionados con este tipo de violencia.

Sobre la participación de la mujer en grupos urbanos armados, solo se conocen algunas historias de mujeres que hicieron parte de Milicias populares, sin embargo por el conocimiento empírico acerca de las vivencias en los barrios, podemos decir que la participación directa de la mujer en grupos armados es muy poca con respecto a los hombres, siendo mayor en grupos de Milicias que en Bandas Juveniles.

B. En la familia

Aunque no se conocen cifras o estudios representativos, quizás es este el espacio donde la mujer es más protagonista de actos violentos, tanto en lo referente a las agresiones físicas como psíquicas, especialmente contra los niños y ancianos. Esta situación puede estar ligada a sus frustraciones, maltratos recibidos y resentimiento con los miembros de la familia.

El papel de la mujer como colaboradora de actos de violencia en el hogar es muy significativo. Regularmente, es a través de ella que el padre tiene una versión de lo que sucede en la casa, de los actos indebidos de los hijos y es ella muchas veces quien sugiere el castigo.

C. En el vecindario

Tradicionalmente las relaciones de las mujeres en los barrios populares, se mueven entre mucha camaradería (que llega a la complicidad), o entre las rencillas, que terminan en riñas callejeras. El mal manejo de las confidencias, los chismes, las envidias, los comentarios malintencionados y la lucha por acceso al "barón", caracterizan los elementos que conforman un marco de agresividad cotidiana en la vecindad.

II. LA MUJER: COLABORADORA Y CÓMPLICE DE LA VIOLENCIA

A. En grupos armados

La mujer participa mucho más como cómplice y colaboradora en algunas actividades de los grupos armados urbanos, que de una manera directa.

Sus funciones como mensajeras, informantes y desinformantes, "encaletando" armas, documentos y otros elementos, han sido muy importantes en la operatividad de los distintos actores armados. Intervienen aquí amigas, novias o mujeres identificadas con los motivos que llevan al grupo a actuar. Igualmente podemos decir que la disponibilidad de apoyo de las mujeres, ha sido mayor con las milicias que con las bandas juveniles.

El papel de complicidad pasiva de aquellas jóvenes que escuchan, saben, pero no denuncian y tampoco se involucran, lo encontramos en algunas mujeres jóvenes, novias de los miembros de bandas juveniles o en las jóvenes que temen cualquier contacto con estos grupos y luchan por evadirlos.

B. En la familia

La mayor acción de la mujer como cómplice de la violencia intrafamiliar, se ubica en la permisibilidad de las agresiones sobre los miembros de la familia.

C. En el vecindario

La colaboración y la complicidad de la mujer en actos de violencia en el vecindario, está relacionada con las acciones de apoyo o permisibilidad frente a actores armados.

Podemos señalar que la mujer es cómplice, en la medida que no hacen nada para evitar la violencia de los vecinos con sus familias.

III. LA MUJER VICTIMA DE LA VIOLENCIA

A. La violencia armada

El impacto de la violencia armada en nuestra sociedad, ha incrementado el número de mujeres viudas, huérfanas y desplazadas en nuestro país. Estas últimas, según datos de la Conferencia Episcopal Colombiana, suman 341.204, que representan el 52 % del total de desplazados en el país.

En Colombia, la violencia contra la mujer hace presencia en los diferentes sectores sociales: el indicador más representativo es el de las muertes violentas que no distinguen diferencias raciales o sector social. Las muertes violentas son la primera causa de defunción entre las mujeres de 15 a 44 años en Colombia.

Actualmente, más mujeres en el mundo viven solas o como cabezas de familia debido a: las guerras, la migración, el desplazamiento y el exilio de los hombres. Esa soledad que no es una opción consciente de la mujer, sino una obligación que las condiciones sociales actuales les impone, es violenta y redundante en el deterioro de sus relaciones, tanto familiares como con el resto de la sociedad.

B. En la familia

La violencia en el hogar, parece un asunto de no acabar. Esta se ensaña con los miembros más débiles de la familia: los niños, las mujeres y los ancianos.

La privación de las necesidades básicas, el maltrato físico, la tortura psicológica y el abuso sexual, son las formas repetidas de esta violencia.

El secreto, la falta de pruebas, los obstáculos de índole moral, religioso y hasta jurídicos, hacen difícil la denuncia de estos abusos. Según muchos criminólogos, aspectos como las violaciones carnales, son los delitos más

frecuentes pero menos denunciados.

Por lo anterior, es muy difícil la reunión de los datos exactos sobre la violencia de la mujer y contra la mujer en el núcleo familiar; los datos que se logran recopilar, se recogen generalmente a través de las historias de vida, sin embargo, estos hechos son una constante social, necesarios de ser atendidos como elementos componentes de una cultura agresiva y autoritaria.

IV. OBSERVACIONES FINALES

Sin embargo y después de observar los diferentes roles de las mujeres jóvenes en la violencia, podemos decir, que en general, la mujer ha asumido estos distintos roles, frente a un fenómeno arrollador que le genera la sociedad en su conjunto; que su papel en las conductas más o menos violentas es fundamental, dado la labor que cumple como reproductora de la cultura.

El continuar la indagación sobre la relación mujer y violencia, puede darnos pistas claras para actuar sobre los elementos de generación y emisión de la violencia, no sólo por parte de la mujer sino de nuestra sociedad en general.

NOTAS

1. torturas psicológicas, amenazas, desamor, menosprecio, humillación etc.
2. Las mujeres jóvenes entre los 15 y 25 años representan el 24.% del total de las mujeres.

PROTAGONISMO JUVENIL, MOVIMIENTOS SOCIALES Y CRISIS DE LA POLÍTICA

Wilfer Orlando Bonilla Naranjo
Sociólogo - Educador e Investigador
Instituto Popular de Capacitación - I.P.C.

I. ELEMENTOS PRELIMINARES

Frente al perfil de las prácticas juveniles en Medellín, en buena medida, la literatura referida a los **movimientos sociales** podría ser una direccionalidad de análisis. Sin embargo, la no expresión de lo juvenil a través de estos canales, así como el énfasis que la literatura ha puesto sobre movimientos sociales en lo estructural, lo orgánico y los fenómenos de cambio, han dejado de lado terrenos como los de las mentalidades y los de la fragmentación social, cuyo aliento y magnitud, tienen alcances mayores que los fenómenos estructurales de una ciudad o un país en específico.

A la individualización de la acción social, le corresponden fenómenos que intensifican el esfuerzo desagregado, como la apertura económica y el reacomodo en el patrón de acumulación capitalista. De otro lado, procesos como el de la descentralización, propende por una autonomía sin mediaciones, pero termina siendo funcional al modelo de "modernizar sin democratizar".

También nos encontramos con procesos de larga duración como la violencia, que cada vez cobra un carácter mayor de autoafirmación segregada.

Es así como las prácticas juveniles urbanas, están inscritas en marcos que rebasan las lecturas hechas desde los movimientos sociales, los cuales hoy cuentan con mayores limitaciones para abordar dichos problemas.

II. CRISIS DE LA JUVENTUD URBANA

Se ha hablado mucho de la crisis juvenil y se ha querido señalar, que ésta se expresa en la violencia o en la apatía. En muchos sectores de la opinión pública, se ha generalizado la imagen del joven como alguien violento o desinteresado por los problemas del país. Pero esta crisis posee varios elementos constitutivos:

- **Profundas carencias materiales de vida digna**, expresadas en la problemática de desempleo, en la profusión de empleos riesgosos, mal remunerados y sin seguridad social.
- Crisis del sistema educativo, incapaz de brindar una cobertura suficiente, a la par que la deserción y mala calidad educativa se profundiza.
- Inexistencia de espacios para el disfrute cultural y recreativo.
- **Estigmatización y señalamiento como indeseables**: la juventud de barrios populares ha sido convertida en sinónimo de sicario y en la regresión autoritaria que hemos vivido, este señalamiento se convierte en legitimación de su exterminio físico.
- **Persistencia de la violencia urbana**, la cual se concentra en la juventud.
- **Exclusión y ausencia de reales espacios de participación**, donde la juventud pueda opinar, pero igualmente decidir sobre sus problemas fundamentales.

- No existe un imaginario que articule a la juventud como sujeto. Aunque hay una emergencia de códigos, lenguajes y subculturas juveniles, estas no terminan de constituirse, se encuentran segregadas y sin una perspectiva avizorable de síntesis.
- La crisis de valores, señala la irrupción de unos **nuevos imaginarios y mentalidades urbanas más-mediatizadas**, que desbordan los arquetipos previstos de comportamiento y que además han estado desvinculados a cualquier proyecto de ciudad-región.
- Si bien hay un cambio de actitud en amplios sectores juveniles, sobre el problema de la participación y la política, aun **no se logra constituir un proyecto de participación juvenil en lo social y político.**
- Las diversas expresiones y prácticas existentes, **no encuentran un sentido común hacia la configuración de un actor político juvenil**, que trascienda las lógicas de lo cotidiano e irrumpa en lo público municipal con actitudes propositivas.

Estos diversos ángulos, son configurativos de la situación de la crisis juvenil.

III. CRISIS DE LOS MODELOS TRADICIONALES DE ORGANIZACIÓN Y PARTICIPACIÓN JUVENIL

Desde varias décadas atrás, la preocupación por la organización juvenil surgió en diversos sectores de la sociedad. Sin embargo, esta preocupación no surgió de la nada: estaba inspirada en los altos niveles de protagonismo que la juventud desarrollaba en diversos movimientos, que iban desde la lucha social estudiantil, el movimiento hippie, la participación en proyectos de liberación latinoamericanos, hasta la irrupción de fenómenos insurgentes nacionales, en donde la juventud era protagonista de pri-

mera línea. En este clima surgen dos vertientes básicas de organización juvenil: la **vertiente de movimientos juveniles cristianos** y la **vertiente de brazos juveniles partidarios**. Ambas direcciones, están hoy en día agotadas como posibilidad de referentes globales de organización para la juventud urbana y si bien subsisten y son lícitas, solo las podemos mirar como un elemento mas del universo expresivo y organizativo de la juventud de hoy.

Veamos de manera sintética las características de cada una de ellas:

A. Vertiente de movimientos Juveniles Cristianos

En los años Sesenta, irrumpe en el país, en medio de la conflictividad social y política, la experiencia de organización juvenil cristiana. En su desarrollo logran cobertura nacional y un amplio nivel de convocatoria en sectores juveniles, principalmente jóvenes trabajadores. Su perfil inicial fue bastante reaccionario, pues eran una especie de pastoral que pretendía canalizar la rebeldía juvenil de la época, pero evitar a toda costa "las ideas comunistas", o los proyectos de transformación de las estructuras económicas y políticas. Sin embargo, este perfil es rápidamente transformado, debido a la misma dinámica teológica interna de la iglesia latinoamericana; el peso conceptual y vivencial del Concilio Vaticano II, fortalece el papel de los laicos proponiendo un modelo eclesial horizontal: "la iglesia es el pueblo de dios que camina" y la Conferencia del Episcopado en Puebla, México, al igual que el compromiso de varios sacerdotes revolucionarios, señalan el camino de la "opción preferencial por los pobres". Todos estos elementos ponen a esta vertiente de organización juvenil, de cara a la juventud urbana trabajadora y popular en un esfuerzo por cons-

truir un proyecto cristiano liberador.

El imaginario religioso juvenil, era aún bastante grande como para permitir amplios niveles de legitimidad y convocatoria de esta opción. Sin embargo, hacia la década del 80, la autodinámica que caracterizaba a estos movimientos, comienza a mostrar signos de estancamiento que aún se mantienen. El cambio cultural de la juventud urbana era evidente, si bien vivían y continúan con una práctica religiosa, ésta tiene expresiones ritualistas, vacías de trascendencia ética en su mundo de vida, de tal suerte que la juventud mira de soslayo, las exigencias prácticas que la convicción religiosa les exige.

Las diversas organizaciones que subsisten, son procesos que tienen legitimidades parciales en distintos sectores juveniles, pero sus dinámicas nacionales son pesadas y mas bien se han ido regionalizando en su práctica. Igualmente en numerosas parroquias, se ha fortalecido la organización juvenil cristiana de base, pero no hay una preocupación clara por presentar un proyecto articulado, y muchas de ellas han sido presas de prácticas carismáticas y ritualistas, bloqueando mucho mas sus posibilidades de trascendencia.

B. Vertiente de brazos Juveniles partidarios

Inicialmente, diversos partidos de izquierda asumieron la conformación de brazos juveniles. Este tipo de modelo pretendía forjar una cantera de futuros cuadros políticos, así como tener una sección que le permitiera hacer presencia en la ascendencia de los movimientos estudiantiles del Sesenta y Setenta. Pero estas expresiones juveniles, carecieron siempre de autonomía y amarrados en su concepción partidaria, fueron incapaces de encontrar otras formas de hacer política que no fuera militando dentro de su cuadrícula orgánico.

Esta opción entra en una rotunda crisis fundamental por:

- Incapacidad de dirigir los momentos de auge estudiantil, hacia un proceso global de intervención social, política y cultural juvenil, que trascienda el marco gremial y sectorial de lo estudiantil.
- Su estrechez organizativa, al no representar canales plurales para la participación juvenil.
- El declive político del movimiento estudiantil, sector donde habían asentado todos sus presupuestos.
- La refracción que provocaba en los imaginarios juveniles urbanos, su expresa identificación como revolucionarios o comunistas, códigos que la juventud recicla como política o guerrilla y termina por marginarse.
- Sus metodologías de tipo instrumental, pues no buscaban valorar las vivencias juveniles, sino trasplantar contenidos bastante acartonados y de poca significación para la juventud.

La crisis de estas vertientes, viene a constatarse ante la generalización de nuevas prácticas juveniles mas enraizadas en lo cotidiano y vivencial del joven, a la vez que de potencial crítico frente al todo social.

IV. PROTAGONISMO MILITAR DE LA JUVENTUD URBANA

Encontramos dos casos típicos: el de las bandas juveniles y el de las milicias populares; ambas prácticas han sido "satanizadas" desde el análisis moralista, pero en el fondo podemos encontrar el anhelo de los jóvenes por ser protagonistas, por construir un rol específico que les procure identidad y un tipo de participación en un contexto que les niega todo y los excluye de todo.

Pero si bien la juventud legitima y participa en opcio-

nes militares, estas no se hallan ligadas a ningún proyecto ideo-político; no es pues sinónimo de un viraje ideológico de la juventud hacia la insurgencia armada, no significa que ésta ganó consenso en la juventud, la cual se ha mantenido desligada de toda preocupación ideológica o política. Su opción es pragmática, ya fuese hacia la banda como posibilidad de ingreso económico y poder, o hacia las milicias como medida de defensa o articulación a los micropoderes establecidos por éstas.

La vinculación de diversos sectores juveniles a la delincuencia, obedece a una mentalidad pragmática, pues encuentran posibilidades de satisfacción económica, pero igualmente, o mas importante aun, encuentran una manera de vivir el poder, de sentirse articulados a un ámbito de lo social donde podrán "ascender" o posicionarse como partícipes.

La participación del joven, por el contrario, en las dinámicas milicianas, ha obedecido a un espíritu "Robinhoodiano", en el que se sienten justicieros y defensores de sus comunidades; son igualmente jóvenes excluidos de cualquier ejercicio de poder o protagonismo social y encuentran un espacio para hacerse sentir.

Amplios sectores de la juventud de Medellín, han asumido estos tipos de protagonismo militar, lo cual se tiene que aceptar como un hecho tangible, que no basta con señalarlo como bueno o malo, reprobable o aceptable: estos binomios de análisis solo sirven para encubrir la hipocresía de un discurso, que no quiere entender en estas prácticas un tipo de crítica o puesta en cuestión de las formas y usos del poder en la sociedad.

Sin embargo, estas formas de protagonismo juvenil, han tenido y siguen teniendo nocivas consecuencias sobre nuestra ciudad y en especial sobre la juventud:

- Son prácticas que reproducen una cultura autoritaria; son incapaces de ser forjadoras de mentalidades democráticas; son dinámicas de uniformación juvenil y no de valoración de lo diverso.
- Son reproductoras del culto de la fuerza, como valor social fundamental.
- Son expresiones que pierden un alto nivel de sensibilidad frente al dolor y el papel y sentido de hombre como constructor de la vida y del mundo.
- Viven la fetichización del arma, la identifican muchas veces no como medio, sino como centro de vida.
- Bloquean la vivencia del joven frente a otros ámbitos sociales, como la política, el arte, lo afectivo, etc.

Este tipo de protagonismo juvenil, no puede ser tratado como mero problema policíaco. Hay sentidos mucho más profundos en esta acelerada legitimación de las "armas" y las salidas por lo tanto deberán ser más complejas.

V. PROTAGONISMO JUVENIL COMUNITARIO Y CRISIS DE LA POLÍTICA

Los diagnósticos ligeros y simplistas, han "pintado" a la juventud urbana como apolítica, alienada y no participante en procesos de organización o expresión social. Esta visión fatalista, es complementada por un enfoque de la cultura como proceso de integración social, donde los sujetos son simples marionetas manejadas por la cultura dominante. Este mecánico enfoque, es incapaz de reconocer fenómenos complejos de interacción, reciclaje y resistencia.

La reflexión sobre la participación política de la juventud de Medellín, debe tener en cuenta dos elementos fundamentales a mi juicio:

- Asistimos a la emergencia y generalización de múl-

múltiples prácticas de protagonismo y expresión juvenil comunitaria en toda la ciudad.

– El protagonismo y expresión juvenil, hoy no asume ni se incorpora a canales convencionales de expresión y participación como el Estado, los partidos políticos, los movimientos sociales o la insurgencia.

La juventud ha hecho una irrupción social desde diversas prácticas que son expresión, **o de un nuevo tipo de reconstitución de la política desde otros espacios, códigos y prácticas, o de una corporativización fragmentada de la presencia de la juventud en la ciudad.**

Las constataciones del fenómeno de protagonismo juvenil, deben sin embargo ser contrastadas con fenómenos globales, como los que ocurren en la Colombia de hoy y en general en buena parte del mundo.

Estamos en un callejón sin salida, ante la crisis de los partidos políticos como canales reales de representación de la sociedad civil. Se creyó ver una tabla de salvación en los “Movimientos sociales”, pero hoy esta pretensión muestra una creciente crisis.

Estamos ante un fenómeno de fragmentación social, en el que lo público, entendido como lo colectivo, se privatiza, se refuerza la individuación de lo social, las representaciones colectivas en la esfera política se desdibujan y cada día evidenciamos representaciones parceladas de lo social.

Nicolás Tenzer, en su libro “La Sociedad Despolitizada”, nos habla de que vivimos una crisis general de la sociedad, según él, representada en un estado intelectual, social, económico, político, cultural, donde la perturbación es tan grande que ya no se disciernen las salidas posibles.

Y es que el problema no es de una simple actitud, de uno o varios sectores de la población que se encuentran

apáticos ante la ausencia de alternativas. No. El problema es mucho mas profundo: es ante todo la crisis de la política, expresada en la posibilidad de que “desaparezca una reflexión común sobre el mundo”.

La crisis de la política se expresa en dos campos (Luciano Sanín —Investigador IPC—1994):

Uno, **en su sentido utópico**, en su dimensión de transformación, en la crisis de las ideologías que la sustentaron. Los proyectos o programas políticos que ofrecen al hombre una vida mejor, tienen problemas para mostrarse viables, no gozan de mucha credibilidad. Y es que las teorías sobre el desarrollo aplicadas hasta hoy, poco han resuelto las necesidades de la humanidad.

En un segundo campo, el práctico, la política ha derivado en acciones excluyentes, violentas. Ha sido utilizada para fines individuales y no colectivos y mas que liberar al hombre de la dominación, lo ha sujetado a formas de delegación y exclusión.

Todo esto nos regresa a la sin salida del desprecio por la política, como instrumento para la construcción de lo social, con el agravante de que no se propone otra formula. Vamos progresivamente hacia una situación, en la que la sociedad no es capaz de construir progresivamente su unidad.

Queda abierto el campo de reflexión, o fragmentación social despoltizada o reserva de reconstitución del tejido social urbano, que es el real sentido de las prácticas juveniles en el Medellín de hoy.

VI. HIPÓTESIS PARA EL DEBATE

A. Reconstrucción de lo público

Si bien la tendencia socio-cultural predominante en ciudades como Medellín, es la fragmentación y la tenden-

cia a la disolución del todo social, **la juventud urbana ha iniciado un proceso de reconstrucción de lo público desde sus mundos cotidianos**, lo cual aporta a la reconstitución del tejido social fracturado y a la creación de reservas sociales que permiten su vinculación como sujeto partícipe de un nuevo proyecto de ciudad y de nación.

B. Percepción política limitada

El bajo nivel de información y análisis frente a la realidad que tiene la juventud, **limita su percepción política** y disposición a vincularse en proyectos políticos y sociales.

C. Juventud y procesos pedagógicos

La crisis de los proyectos globales libertarios y la crisis en el modelo de desarrollo, han incidido en la profundización del fenómeno fragmentado, siendo la respuesta mayoritaria de la juventud, el cierre de la noción de futuro y una actitud hedonista de vivir el presente. Sin embargo, **el contacto de la juventud con procesos pedagógicos que incrementen su percepción frente al mundo** y su vinculación a prácticas en las que se de la expresión de sus intereses, necesidades y angustias, puede replantear esta mentalidad, llevándola a encontrar un nuevo sentido de lo común y a preocuparse por su proyecto de futuro.

NOTAS SOBRE ROCK, VIOLENCIA Y JUVENTUD

Omar Alonso Urán Arenas

Sociólogo - Investigador

Instituto Popular de Capacitación - I.P.C.

*“El Rock es contra poder, espacio protector
de la contracultura, democrática, representación
de los no representados o representables”*

Diedrich Diederichsen

El Rock es la música de “*los extraños que se han vuelto masa*” (G. Simmel). De múltiples maneras, se ha relacionado con la violencia y el poder. En su origen, subyace una caldera de contradicciones, tanto económicas como culturales. Pero ha sido su capacidad “plástica”, su carácter abierto y universal, lo que ha permitido en un mismo terreno estético, englobar posiciones disímiles respecto a la vida y a la sociedad.

El Rock surge como síntesis de un proceso evolutivo, donde se combina la resistencia socio-cultural de la etnia negra y de las clases subalternas al interior de los llamados “países del primer mundo”, con los avances en los mass-media y la industria cultural.

Si algo lo ha caracterizado, ha sido el posibilitar a individuos anónimos expresarse, establecer redes entre sí y el ser reconocidos por una multitud antes impensable. Su carácter "subversivo" está dado, al decir de Sylvia Duzán, "no porque parezca autorizar sexo, drogas y fáciles emociones, sino porque anima al público a juzgar por su cuenta los tabúes de la sociedad"¹.

Sin embargo, muchos tabúes cambian con el tiempo, conforme la historia enseña sus límites y posibilidades. Así, si en los años 60 dominó un rock que sirvió de acicate a las luchas por la liberación sexual, de marcada oposición a la guerra y proclive a la paz, en los 80 y 90 no se puede decir lo mismo: la desesperanza o el realismo objetivo han tomado su lugar.

De una propuesta integradora y armonizante como fue el hippismo, se ha pasado a una actitud de escepticismo por la masa y de refugio o identificación con pequeños grupos, aun por encima de la universalidad de sus propuestas y la movilidad que ellas implican. Esto parece marcar una paradoja, e incluso una contradicción entre las tendencias efectivamente hoy conformadas en la escena "underground" mundial y el espíritu o Thelos que las impulsa y radicaliza: "Para ello (el Rock) conoce en principio una sola dirección: de la absoluta exclusión de lo marginal (sea ella política, racial, económica, soledad, locura) a la utópica integración de todos (liberación, revolución, unidad, comunicación)"².

Y es que no se puede tomar el Rock como un único movimiento juvenil. En su evolución y conquista de territorios, ha dado origen a tendencias disímiles y contrapuestas. Esto se hizo más notable a partir de la irrupción pública³ del Punk en 1976, en Londres. No se puede olvidar que Inglaterra, útero fecundo, receptáculo de esas

músicas extrañas del tercer mundo, ya conocía la violencia entre jóvenes desde finales de la década de los 60: skimmers, rockers, mods, enfrentados entre si.

El Rock, por ser una forma estética y un medio de comunicación, donde a pesar de la censura, se puede ser radical ante un público-masa desconocido, posibilitó las radicalidades y la elección de tabúes y afecciones particulares, bien sean determinados por el ascendente cultural o la posición del individuo en la estructura social.

El nacimiento de una cultura y una estética juvenil, diferenciada de la tradicional cultura de los padres, está íntimamente asociada con la hornada Rock y su transmediatización. Todo ello dentro de un pesado ambiente de postguerra y de guerras de liberación nacional en los países coloniales, donde al interior de las mentes más lucidas de la juventud, se hace cada vez más opaca la idea del progreso y de participación política partidaria. La música canaliza las divergencias y las hace expresas.

Vemos así como desde mediados de los 70, se radicalizan musical y simbólicamente las tendencias. **Unos, como es el caso del Death Metal⁴**, se dedican a la mistificación de las fuerzas oscuras y anticristianas; a tomar la violencia como algo connatural a la humanidad; a fomentar en su discurso y práctica, una discriminación entre fuertes y débiles, a legitimar inconscientemente el "darwinismo" social. **Otros, como el caso de los Punks⁵**, dirigen su ira y su ataque contra el todo, el sistema, representado para ellos en el Estado, el mercado y la autoridad: no hay futuro, no hay esperanza, sólo venganza.

Los Skimmers, los Heavy, tienden por su parte a asumir una postura contestataria de clase; no se oponen radicalmente a la autoridad pero si a la dominación burguesa, a la hipocresía del "Establecimiento", empero ello no

les garantiza unidad ideológica; su evolución nos muestra la extrema radicalización nacionalista y sexista, que terminó marcando a la mayoría de los skimmers, apartándolos del resto.

Los negros norteamericanos por su parte, adecuaron su tradición musical congénita a los nuevos tiempos y la implementaron como vehículo de identificación étnica y contrapoder a la supremacía blanca, tal como se evidencia en los **orígenes suburbanos del Hip-Hop**.

Es posible afirmar entonces, que la violencia ha estado presente, bien como resistencia o como agresión, mediatizada casi siempre por una específica construcción imaginaria del enemigo. Para la mayoría de los grupos del underground, la violencia ha sido algo confuso de definir, puesto que el grueso de sus integrantes la han padecido de alguna forma.

El Rap, el Skin, tienen en su origen, un sello de clase y de raza. Sus conformaciones iniciales como tendencias, estuvieron dadas por individuos jóvenes excluidos del Estado benefactor, anulados económica y políticamente, mas no en sus impulsos estéticos y culturales, en los cuales el odio hacia el capitalista, al político del establecimiento, es algo bien notado.

Otra historia fue la que hicieron los **"Hippies bien educados"**. Su acceso a la universidad, al uso goce y disfrute de los bienes culturales, los encumbró a la sensibilidad estética, a observar en la paz la posibilidad de realizar sus anhelos de amor libre, onirismo y contemplación de la naturaleza que la "sociedad opulenta les permitía". Pero el ghetto y las altas esferas del sistema educativo, producen individuos bien distintos. Para unos la violencia es el modo natural de su desenvolvimiento y sociabilidad, para otros un obstáculo político y cultural para sus sueños.

La gente del Ghetto, del submundo, de las alcantarillas, defiende su vida a muerte casi a diario: ante sus congéneres, ante los agentes del Estado. Cierta postura heroica habita en ellos. Así se puede notar tanto en la temática de una canción Rap de un grupo de Bogotá, como en la de un Skin rojo de España:

<i>"Vamos a tumbar a tumbar el gobierno, el no nos va a ganar y la gente del Ghetto va a triunfar"</i>	<i>"Odio bien dirigido, es odio positivo si no te ciega si aplasta a nuestro enemigo ¿Por qué negar este sentimiento? !No hay razón!"</i>
--	---

Mista Rey

Intolerance

En las ciudades colombianas, la violencia política y económica no ha sido algo extraño. La llegada del Rock permitió además de la denuncia de dicha situación, la lenta conformación de una estética y culturas juveniles, fuera del ámbito hegemónico del hispano-catolicismo. La mayoría de rockeros, asumieron una lucha contra las estructuras religiosas y el poder político clientelista y autoritario. En tal dirección, ayudaron a la conformación de una cultura secular, no dogmática.

Sin embargo, nada de ello ha sido fácil. Colombia, y muy en particular ciudades como Medellín, padecieron de una violencia institucional en los años 70, manifiesta en una política criminalizante, contra los hippies y la gente del Rock. Las detenciones preventivas fueron algo muy común, en especial dirigidas contra los "peludos", por "vagos y marihuaneros". Lo mismo sucedió con la prohibición de bares y espectáculos públicos para este tipo de música, por su carácter "inmoral".

Lo cierto es que en este contexto, cerrados múltiples canales de participación política y una cultura en sumo grado institucionalizada y restringida, obligó a muchos jóvenes, consecuentes con sus energías creativas, a engrosar las guerrillas y a postergar aun más la experiencia de la individualidad y unas culturas juveniles autónomas.

Ello nos puede servir para indicar, como en las ciudades colombianas, a diferencia de otras latitudes, el movimiento Rock orientado hacia la paz y el desarme, haya sido, contadas excepciones de algunos grupos, prácticamente inexistente en la década de los setenta. A cambio de ello, en la década de los 80, los grupos musicales que cantan sobre la guerra y el combate proliferaron enormemente, siendo su contra-parte grupos y pequeños movimientos refugiados en el intimismo y la renuencia política.

Un breve repaso a los grafitis y letras Rap, lo mismo que una revisión de las escenas rock (Punk, Metal, Hardcore) de ciudades como Medellín y Bogotá, nos muestra que el escepticismo, la muerte diaria y el llamado a la confrontación (sin definirse como pacífica), ocupan lugares primados en sus discursos e imaginarios.

Pero la violencia se ha instalado también aquí, aunque tardía, con respecto a Europa y los Estados Unidos, entre los jóvenes mismos que dicen escuchar Rock. En Bogotá, principalmente, y en Medellín un poco, se observan fuertes enfrentamientos de skins nazis contra skins rojos o anarquistas, contra punks y metaleros.

Se observa como la violencia, en un principio dirigida y legitimada contra el sistema, representado en el Estado, se revierte con fuerza entre los jóvenes mismos, no evidenciándose una fuerte reacción en contra por parte de ellos. Todo lo contrario: parece darse una rápida adaptación a las nuevas circunstancias de violencia difusa y

disgregada, en tanto programas políticos no parecen a nadie convencer y mucho menos aglutinar.

El peligro radica en que un énfasis extremo en lo particular, en las reivindicaciones unilaterales de las subculturas y sus prácticas, pueden coadyuvar fácilmente, en la actual crisis ético y moral del país, a la extensión de una "agresión sin contenido" (H.M.Enzensberger)⁶ ejercida de una manera autista, casi siempre contra los mas débiles y en situaciones de desventaja, mas allá de principio normativo alguno.

Síntomas de esto, se pueden observar en países como Francia, España, Inglaterra, Alemania, los Estados Unidos, entre otros, donde hordas de jóvenes neonazis, hooligans, gangstarappers, incitan y practican la agresión contra el otro, el extraño. Sin embargo, allí también se han dado grandes manifestaciones en contra de estas prácticas autoritarias, que van desde huelgas de hambre en defensa del derecho al asilo y la cooperación internacional, como grandes movilizaciones públicas contra el racismo, el armamentismo y el servicio militar obligatorio, casi siempre lideradas también por jóvenes, en los cuales la estética y tradición del rock no está ausente.

En Colombia, la violencia del narcotráfico, de las fuerzas del Estado, de guerrillas y paramilitares, han opacado otras formas de violencia y nos las han dejado entrever. Las subculturas juveniles no están ciertamente al margen de estas prácticas y mucho menos inmunes a sus influjos. La no existencia de un fuerte movimiento juvenil estético es algo que debe preocupar. Lo poco existente, agrupado en torno a la música en lo principal, no logra salir de sus circuitos locales y muestra una cierta incapacidad para construir redes de iniciativas con mayor amplitud. Si bien se construyen nuevas sensibilidades y nue-

vos imaginarios, la violencia ejercida y padecida por la juventud, nos muestra que todo ello es aún muy marginal, o que por lo contrario hace parte también de esa “guerra civil molecular” que vive el país y sus grandes ciudades.

De tal suerte, que situaciones como las de Medellín, considerada la ciudad mas violenta del mundo, donde la mayoría de víctimas y victimarios, son jóvenes entre los 15 y 25 años, deben plantear unas exigencias más radicales, a todos aquellos artistas que se muestran especialmente críticos ante la violencia y la injusticia.

En esta dirección, el Rock y el Rap, pueden aportar y enseñar bastante. De todas maneras, los individuos que allí se inscriben, precisan asumir un compromiso serio con el arte mismo y con lo que este implica para reconstruir y proponer imaginarios. Porque no debe seguir sucediendo, que todo grupo salido del underground y reconocido en su circuito, termine reduciéndose a las exigencias cosificantes del mercado, a cambiar su discurso crítico y constructivo por canciones edulcoradas, vacuas, fácilmente olvidables, tal como ha sucedido con algunos grupos locales: “Aterciopelados”, “Ekhymosis”, “Estados Alterados”, entre otros.

NOTAS

- 1 Duzán, Silvia. Sin esperanza... con ilusión... imitando a los Who. *Magazine Dominical* No 386. 1990, Bogotá
- 2 Diederichsen, Diedrich. Wer fuerchtet sich vor dem Cop Killer? Zehn Thesen zu Pop und Politik. *Spiegel Spezial*. No 2. 1994, Hamburg.
- 3 Decimos irrupción publica, porque mucho de lo sucedido con las tendencias Rock underground, incluyendo el Hip-Hop, es que estas se vienen a conocer mucho después de estar existiendo a nivel marginal o subterráneo. Si bien los Sex Pistol dieron a conocer el Punk en 1976 a nivel mundial, este ya transitaba por las calles londinenses a inicios de los 70, a lado de los hoy muy renombrados Skins. Algo parecido ha ocurrido con el Rap, famoso en los 90 pero existente en los suburbios negros de Nueva York veinte años atrás.

- 4 El Death Metal, también conocido por Black Metal, no sólo expresa los sentimientos de una parte de la juventud, sino que hace a su vez acopio de una vasta tradición noreuropea de prácticas esotéricas muy difundidas en el medioevo. Su estética es particularmente reveladora en este sentido.
- 5 Hay que advertir, empero, que la recepción y evolución norteamericana del Punk fue diferente a la europea. En Estados Unidos se configuraron básicamente dos tendencias. Una perteneciente a los ghettos y clases populares, en un límite bastante inestable entre la crítica o la incitación a la violencia; otra inscrita en el mundo artístico e intelectual, heredera del Pop Art, muy de las esferas medias y altas de la sociedad, de carácter intimista, escéptico y a veces melodramático. Por su parte, en Europa ha primado una tendencia anarquista y emancipatoria en el Punk, que ha evolucionado hacia formas Tecno y Hardcore relacionadas con movimientos ecológico y autonomistas.
- 6 Enzensberger, Hans Magnus. *Perspectivas de Guerra Civil*. Ed Anagrama. 1994, Barcelona.

1. ANTECEDENTES DEL MALFAJE EN LA DELINCUENCIA JUVENIL DE LA CIUDAD

El malaje en Medellín fue, por cerca de tres décadas (del 50 al 80), la estirpe del delincuente por excelencia de la ciudad. Aunque no muy proclive a formar bandas, casi siempre actuando por su cuenta y riesgo para ser precisos, era muy escrupuloso para elegir sus actividades delictivas, como personajes en el mundo se acoplaron a ciertos códigos del honor y algunos tenían un sentido social "Robin Hoodiano", gastando parte del botín con los pobres de su barrio. Algunos incluso estaban convencidos que su carrera delictiva era una "gesta heroica" contra el gobierno, la oligarquía y la autoridad "lejiana".

Si bien la criminalidad de los malajeros transcurría en las así llamadas "zonas de transición", "zonas rojas", "zonas grises", etc., no siempre allí realizaban sus acciones. Estos lugares también llamados "de alta densidad

LA JUVENTUD DE MEDELLÍN: ENTRE LA ESPADA Y LA PARED

Gilberto Medina

Investigador del I.P.C. y

Edgar Arias Orozco

Sociólogo - Proyecto "Altemando Libertades"

Instituto Popular de Capacitación - I.P.C.

I. ANTECEDENTES DEL MALEVAJE EN LA DELINCUENCIA JUVENIL DE LA CIUDAD

El malevo en Medellín fue, por cerca de tres décadas (del 50 al 80), la estampa del delincuente por excelencia de la ciudad. Aunque no muy proclive a formar bandas, casi siempre actuando por su cuenta y riesgo y sin ser precisamente muy escrupuloso para escoger sus actividades delictivas, estos personajes en su mayoría se acogían a ciertos códigos del honor y algunos tenían un sentido social "Robinhoodniano", gastando parte del botín con los pobres de su barrio; algunos incluso estaban convencidos que su carrera delictiva era una "gesta heroica" contra el gobierno, la oligarquía y la autoridad "legítima".

Si bien la cotidianidad de los malevos transcurría en las así llamadas "zonas de tolerancia", "zonas rojas", "zonas grises", etc., no siempre allí realizaban sus acciones. Estos lugares también llamados "de alta densidad

moral” tuvieron como su epicentro el sector de Guayaquil y sirvieron de “ciudad luz” para toda una generación de malevos de la ciudad.

Estas “zonas de tolerancia”, se configuraron en parte como política de varias administraciones locales, de rediseñar la planeación urbana hacia nuevos centros de desarrollo. Así mismo, estas zonas fueron fruto de la hipocresía de las clases sociales de la ciudad, que pretendieron borrar de la faz del centro de la ciudad y sus barrios residenciales, la prostitución, los lugares “sórdidos” como bares y otros negocios, alegando que “iban contra las buenas costumbres”.

Con la prostitución, la sordidez y el malevaje, vinieron aparejados otras “arandelas” a esa “intachable” moral pública.

Durante la década de los 60s y de los 70s por ejemplo, la venta de narcóticos era patrimonio exclusivo de estos “ghettos” antes mencionados. Sin embargo, según datos actuales del autor J.M. Arango Jaramillo, hay unos 20 mil “jíbaros” (expendedores de drogas ilegales) regados en la geografía de los barrios de Medellín. Hubo una época en la que quien fuera a comprar su “insumo clorofilico” (la marihuana era la droga que se consumía casi exclusivamente por aquellos días), tenía que hacer un largo peregrinaje, pues los sitios de expendio estaban ubicados en sitios apartados del centro de la ciudad: a sólo una cuadra y justo al frente del Jardín Botánico en el barrio El Bosque, en Lovaina (en la calle del costado oriental del Cementerio de San Pedro), en el sector del “Pedrero” en Guayaquil, en el costado oriental del Zoológico Santa Fe, en el barrio Trinidad (eufemismo canónico con el que los mojigatos de la dirigencia antioqueña bautizaron el viejo Barrio Antioquia, pues consideraban éste como un bache

que desdecía, al menos en el glosario, del paisaje y de las buenas costumbres de la ciudad).

Algo similar ocurría en ese entonces con el mercado de las armas de fuego. Aunque hoy se consiguen en cualquier calle de la ciudad, de todas las calidades y precios, hubo un tiempo (cuando el machete, el cuchillo seis pulgadas y las barberas “corneta”, eran los instrumentos usuales de los desafíos callejeros) en que portar un arma de fuego era un lujo para muy pocos, lo que convertía la práctica de comprar o alquilar un arma en un verdadero ritual, con un elevado precio final de venta: “usted tiene que ser conocido de uno que sea conocido, del que la alquila o la vende: necesariamente son tres los que saben y tres los que comen. El que las necesita, el que la intermedia (o sea el que hace “cruces”) o el que la vende o alquila”.

Por esa época, el bar “Perro Negro” en el sector de Guayaquil y algunas prenderías del sector, eran los contados lugares donde en la ciudad se podía comerciar con un arma bajo estas severas condiciones.

Estas “zonas rojas” o “zonas de tolerancia” eran también las favoritas para mercadear los botines producto del robo. En los cambalaches de reducidos (compradores de artículos robados), se comerciaba desde un reloj hasta una cama de matrimonio robada, cuentan testigos de aquella época. Igualmente, muchos talleres de los sectores de Lovaina y del Barrio Antioquia, fueron los primeros “des-huesaderos” de carros que existieron en la ciudad.

Estas “zonas grises”, “zonas rojas”, “de tolerancia”, etc., también sirvieron de refugio a gentes provenientes, en su mayoría, de regiones del departamento asoladas por la violencia bipartidista de los años 50; convivían allí, en azarosa mezcla, los códigos morales y de honor campe-

sinos, conservadores y seculares, con la tolerancia, la filosofía del desprecio por la ley, la autoridad, del habitante marginal urbano.

Una de las nuevas conductas que se empezaron a gestar, fue la de "la ley del silencio", consecuencia, no sólo de la intimidación de la delincuencia sobre la población trabajadora, sino también de la tolerancia y la complicidad hacia ésta. En esa nueva densidad moral, "el sapo" (delator) resulta ser un exabrupto, y anteponerle ese remoquete a alguien, es peor que injurarlo como parricida o matricida.

"No ser "sapo" es una condición de supervivencia". En las paredes de muchos barrios populares se leen grafitis como "sapo = muerte", "sapo, ya compraste tu tumba". Así mismo, en muchos de los cadáveres que aparecen en los parajes despoblados de la ciudad, cuelgan de sus cuellos letreros con inscripciones que, a manera de epitafio lapidario, rezan: "por sapo".

Y no es para menos, "sapo", en medio como estos, es la categoría más baja a la que se puede llegar y no sólo la víctima es la que sufre las consecuencias del escarnio público, sino también su familia, que casi siempre es forzada a emigrar de su barrio de vivienda. Un joven de una banda dice: "El soplón se muere... así sea un enemigo, uno no lo delata, aunque sea bajo tortura".

Estas "zonas rojas" que en el pasado fueron cuna de hechos violentos en la ciudad, todavía se mantienen en la actual realidad de Medellín, como en el caso de Lovaina y Guayaquil.

Las costumbres que algún día reinaron en estas zonas de Medellín, se han extendido hoy por toda la ciudad sin respetar fronteras.

II. ACTORES ARMADOS

A. Bandas Juveniles

1. De la clandestinidad a la evidencia

Una característica importante, diferenciadora de las bandas juveniles de los 70s con respecto a las bandas de la última década, es su accionar abierto y osado.

La clandestinidad se da en términos de los "trabajos" externos al barrio, pero en los casos, que han sido muchos, en que arremeten contra la población, no guardan cuidado de cometerlos a cualquier hora y en cualquier lugar. A su vez, los jóvenes que integran las bandas se distancian de los demás habitantes, buscando además diferenciarse radicalmente de cualquier poblador y rompiendo con todo vínculo comunitario, social y político. Su ligazón social se efectúa básicamente con sus compañeros de andanzas.

2. Caracterización

a) Las bandas juveniles: rebaños amorfos

La generalidad de las bandas en Medellín, cabría inscribirlas en el marco de grupos juveniles espontáneos o inorgánicos, con características disímiles, heterogéneas; que dependen de las diferencias de sus integrantes; del lugar en el que surgen, del contexto que las circunda; la historia que les precede; de las coyunturas de la ciudad o de las sorpresas del azar.

Son pues, expresiones ambiguas, complejas, que contienen tantas subjetividades, aspiraciones, trayectorias y universos como jóvenes; aunque en el discurrir del grupo, hay actuaciones, sentires y pensamientos que se transmiten interactivamente por ósmosis.

En nuestro medio, se tiende a asociar indiscriminadamente delito con violencia y ésta a su vez con pandillas,

bandas o jóvenes o “galladas” de barrio. El delito es frecuente encontrarlo en las prácticas cotidianas o esporádicas de una banda, al igual que las manifestaciones de violencia, aunque no siempre éstas sean su fin o su condición inherente.

No sería, sin embargo, improcedente sugerir que quienes vinculan a su cotidianidad acciones delictivas, pueden estar más proclives a los actos violentos, ateniéndonos a las realidades leídas en las dinámicas de las bandas juveniles, sin tratar de hacer generalizaciones arbitrarias y a espaldas de los otros fenómenos de violencia que confluyen en nuestro entorno.

Hacemos alusión entonces, a las bandas juveniles sin diferenciar el hecho de su inscripción en prácticas delictivas o violentas, considerando que el acercamiento a varias de ellas y a los trabajos investigativos o periodísticos referidos a la problemática, demuestran que en su mayoría, si no en su totalidad, las bandas juveniles en Medellín conjugan en sus seno acciones delictivas y acciones violentas, muchas veces obligadas por las circunstancias de una violencia reproducible y contagiante en el tiempo y en el espacio.

Hoy es riesgoso afirmar, que las bandas existentes en la ciudad ostentan grados de organización significativos. Sólo puede afirmarse sobre el necesario nivel de organización de algunas bandas, especializadas en ciertos delitos, como por ejemplo el robo de carros, la piratería terrestre o el secuestro.

Las demás bandas reflejan indispensables circuitos comunicantes y relacionales, ciertos códigos reguladores, explícitos o no, formalizados o asimilados en las sutilezas de la cercanía interhumana, para ejecutar acciones de diverso orden.

b)

ace
yori
se r
mir
ced
rela
mie
o ci
con
gan
fren
hon
de c
derr
ejen
otra

que
y bu
gan
una

debe
al qu
tene
I
fica
asce
das
llas:
las r

b) Autoridad simbólica y resistencia a las jerarquías

En las bandas donde sus integrantes identifican y aceptan un cabecilla, jefe o líder, que pueden ser la mayoría (aunque algunas dicen no contar con estas figuras), se relacionan con él de varias formas: respeto, temor, admiración, veneración, obediencia, o lo ven como el conoedor, el táctico, el serio, el inteligente o simplemente se relacionan con él, como se relacionan con los otros miembros, horizontalmente, sin desconocer los atributos o cualidades del cabecilla o líder, que en momentos se convierte en el elemento cohesionador del grupo y que ha ganado esa posición por su capacidad, demostrada en enfrentamientos con otros; en su astucia, su inventario de homicidios o delitos, su arrojo e intrepidez. Para la toma de decisiones, el cabecilla de la banda consulta con los demás miembros sobre determinados "trabajos"; por ejemplo cuando se hacen "trabajos" en cooperación con otras bandas, a todos se les informa:

"Los cabecillas de los combos se llaman, se dice lo que se va hacer y se les comunica a los demás, aprueban y bueno, se hace. Aquí todo es por mayoría, no lo que digan unos, sino por mayoría" (entrevista a un joven de una banda)

Hay bandas que cuentan con un patrón o jefe, al cual debe obedecerse por encima de cualquier otra persona, al que debe atenderse únicamente y con quien debe sostenerse una relación de absoluta lealtad para no perecer.

En otras bandas, se presentan los personajes mitificados por su valentía, arrojo o astucia, sin implicar su ascensión a la condición de jefes o cabecillas. Estas bandas no se cohesionan por la presencia de jefes o cabecillas: los individuos son "autónomos" en sus decisiones, las relaciones de amistad, "parcería" y complicidad, son

en últimas la fuerza que los integra y consolida como grupo, aunque se tienda a demostrar mayor credibilidad y devoción a los personajes destacados. Por eso, en momentos, el jefe puede ser quien requiere de sus servicios o los busca para determinados “trabajos”.

c) Actividades

La mayoría de las bandas, hasta donde conocemos, no se especializan en delitos. Ellas integran acciones delictivas de distintos órdenes, según las ofertas, demandas, necesidades o urgencias de sus miembros.

En las bandas pueden hallarse jaladores de carros, atracadores, apartamenteros, secuestradores, extorsionistas, traficantes o expendedores de droga o sicarios; no todos sus integrantes participan de ese tipo de acciones, no todos participan de un “trabajo o cruce”; pueden hacerlo uno, dos o varios; los productos de los trabajos se pueden repartir entre todos aunque no por partes iguales, pero esto no es requisito obligado dentro de la banda, es producto de la voluntad y prodigabilidad de los ejecutores.

Antes era fácil encontrar las “bandas de oficina” que trabajaban para el narcotráfico o las bandas organizadas del sicariaje, dispuestas a las demandas de narcotraficantes especialmente o de militares o también de cualquier ciudadano.

Hoy no son tan identificables este tipo de bandas especializadas. De alguna manera la desvertebración del cartel de Medellín, implicó que disminuyeran los niveles de la demanda, lo que no obsta la presencia del sicariaje o de las redes del mercado de narcóticos en la ciudad.

A la existencia de las “bandas de oficina”, le prosiguió la configuración de redes de cooperación, donde se funden todo tipo de negocios ilegales, utilizando en muchas de sus operaciones a jóvenes o grupos de jóvenes.

Muchos de estos están a la espera de ser requeridos para negocios o trabajos como los denominan ellos, que les proporcione buenas sumas de dinero, sin tener miramientos ante cualquier tipo de solicitud.

d) Integrantes

Sus proyectos como grupo son inmediatistas, tienen horizontes de corto plazo, están en función de los “trabajos” que puedan resultar; esperan en sus “parches” la llamada telefónica o la visita de alguien ofreciendo “trabajos”. Pero no todos los miembros de una banda son desempleados, o si se quiere “vagos” (aunque algunos afirman que robar, matar o secuestrar es trabajo), muchos de ellos trabajan o han trabajado en empresas o microempresas.

La edad de los integrantes de las bandas juveniles, oscila entre los 12 y 30 años, con tendencia mayoritaria a menores de 20 años. En este aspecto se diferencian de las milicias, en tanto éstas aceptan la participación de cualquier poblador sin discriminación de edad.

La mayoría de miembros de las bandas juveniles son hombres. La presencia de mujeres es escasa. Ellas son integrantes indirectas de las bandas: tienen funciones más de cómplices. Muchas de ellas son las novias de los jóvenes; les guardan armas, las transportan, les previenen sobre sujetos sospechosos o los enteran de los “sapos”. Muchas, por su condición de allegadas a jóvenes de bandas se vuelven prepotentes y altaneras con los demás pobladores.

Son también generadoras de violencia, cuando revientan tensiones y rencillas entre miembros de bandas distintas.

e) Relaciones con la población

Las bandas juveniles se relacionan de formas distintas con la gente de sus barrios. Algunas, en sus inicios, respe-

taron a sus vecinos y cercanos, hasta llegar a convertirse, en muchos casos, garantes de la seguridad y tranquilidad comunitaria; algunas se transfiguraron y se convirtieron en todo lo contrario: irrespetaron y ultrajaron los derechos y libertades individuales y colectivas de la comunidad.

Otras bandas, desde sus inicios, despertaron el temor y confusión de la población: acudieron a actos vandálicos, imponiéndose como poder tirano y autoritario, respaldadas fundamentalmente por las armas, atropellando a niños, ancianos, jóvenes y adultos.

f) Las bandas juveniles y el barrio

La relación con el barrio como lugar de origen y que habitan es a veces ambigua: pueden identificarse con los intereses y necesidades del barrio, vivirlo, disfrutarlo y hasta preocuparlos. En momentos se expresa el afecto por el barrio, en tanto es el lugar en que se nació, se habita o se ha vivido por mucho tiempo, pero a su vez se concibe como el origen de negaciones, privaciones, desgracias e infortunios, recuerdos desagradables producidos por la violencia.

Winston, un joven de 19 años, perteneciente a una banda juvenil nos dice sobre su vida en el barrio: "...haber nacido en este barrio es la mayor desgracia, se han conseguido cosas buenas y cosas malucas, porque pasa uno por unas cuadras y le traen malos recuerdos a uno. El barrio es bueno porque uno nació aquí y así haya pasado lo que haya pasado, en todo caso es el barrio de uno, pero ah!, mucho recuerdo malo. No me gustaría seguir viviendo en este barrio, quisiera irme para otro lado porque aquí hay más de una pelada que no lo quiere ver a uno organizado". Sin embargo es más frecuente escuchar a los jóvenes hablar de su barrio como algo único, como lo mejor o el lugar más agradable para vivir.

Algunos jóvenes de bandas, prefirieron vincularse a las milicias para no ser desterrados de sus barrios y se conoce de otros que fueron expulsados por las milicias y que han intentado regresar al barrio sin serles permitido. Pero ese apego expresado por los jóvenes de bandas hacia sus barrios, responde a una actitud simbólica, a su arraigo emotivo y físico por las calles, esquinas, cuadras, viviendas, negocios y ambiente; es quizá este uno de los motivos que los ha inducido a guerras intestinas y cruentas por el control territorial, conduciendo a un fraccionamiento del barrio en sectores o cuadras, enajenando a sus habitantes de la circulación libre por todo el barrio. Estas guerras abiertas y declaradas los hicieron propietarios ipso facto de las vías y espacios públicos.

La relación de estos jóvenes con el barrio, no responde a una actitud de compromiso con el desarrollo o progreso de este, aunque algunas bandas en ocasiones hayan velado por la seguridad del barrio o hayan apoyado económicamente a individuos y familias de escasos recursos económicos. Muchas bandas juveniles entorpecieron procesos de organización comunitaria, al hostigar a sus líderes o promotores y a veces hasta agredirlos o asesinarlos; otros fueron desterrados y muchas de las organizaciones sociales del barrio desaparecieron o disminuyeron su labor.

Por lo general, las bandas juveniles frecuentan espacios particulares en cada barrio que los llaman "parches", sin ser este término una expresión exclusiva de sus singulares discursos, pues su uso ya ha cruzado las fronteras de los "ghettos" socializándose en la cotidianidad. Una esquina, un negocio, una cancha de baloncesto o de fútbol, una instalación de juegos infantiles, una calle, una casa, un rincón, un callejón, unas escalas son, entre otros, ejemplos de sus "parches".

Esta irrigación de su presencia, condujo a la estigmatización de cualquier reunión o grupo que departiera o se integrara en alguno de los lugares mencionados como parches, especialmente por la policía y los grupos de "limpieza social". La masacre de ocho jóvenes y una niña que conversaban en una de tantas esquinas del barrio Villatina en noviembre de 1992, es una muestra de la señalización de que fueron objeto los jóvenes de las barriadas independiente de sus actividades o labores: allí perecieron jóvenes participantes de la pastoral juvenil de la parroquia. Este hecho provocó el surgimiento de la Mesa de Trabajo por la Vida, liderada por la Iglesia Católica en la ciudad.

Es evidente la relación estrecha que la población tiene con su entorno físico inmediato; los lazos identificatorios con la vida, se consolidan en el mundo candente del barrio; las ilusiones y esperanzas de los individuos se crean, verifican o frustran teniendo como referente la memoria y presencia de sus coetáneos; las alegrías y angustias nacen en las travesías, los paraderos, las terminales de buses, las cantinas; se revelan en los sonidos y gritos del pasado y el presente. A pesar de las tragedias que emergieron por la acción de las bandas juveniles, cada uno de esos lugares mágicos y placenteros, son aun los centros vitales y savia de la historia de los pobladores de la ciudad. Medellín tiene y siente El Barrio.

Vivir en un barrio determinado; hacer parte ineluctablemente de un escenario de relaciones; estar expuesto a los vaivenes de la ciudad con sus amalgamados problemas, carencias y vacíos; crecer en medio de acumulados simbólicos y de una cultura ambivalente, entre los viejos modelos de creencias, concepciones y convicciones y las nuevas propuestas en estos sentidos, presentadas de ma-

nera atomizada, insinuosa, sigilosa, que no abren preguntas, opciones contrapuestas y reproducen estructuras homogeneizantes; no estar preparados intelectual, psíquica, emocional y físicamente para abordar un mundo en construcción, que los retorna, transforma o fosiliza; son presencias imprecisas, escurridizas, que hay que ir develando a los ojos de cualquier individuo, asentado abruptamente en montañas y valles para aprehenderlas, recorrerlas y tal vez controvertir sus múltiples dimensiones.

g) **Bandas juveniles y juventud**

Después de hablar con varios integrantes de bandas y de instarlos a opinar sobre los jóvenes como actores de violencia y de paz, encontramos en sus palabras y gestos, expresiones que van desde el escepticismo frente a las posibilidades de paz, pasando por el deseo vivo de sostener las venganzas y agresiones, hasta el cansancio por la situación de guerra y enfrentamientos, que han sostenido especialmente con bandas del mismo barrio o de sectores vecinos. En su generalidad, manifiestan deseos de paz, aunque no acepten tajantemente la posibilidad de retirarse o dejar al grupo.

Algunos testimonios los recogemos aquí:

“la mayoría de los jóvenes que son violentos, es porque se tragan una “rueda” o que tiran por la droga. Se tragan por ejemplo una Robinol, una roche y ya se creen los dueños del mundo. Dicen que para ellos ya no hay ley. Sobre los jóvenes que buscan la paz pienso que muy bueno, a lo bien, que “cuca” tener paz definitivamente”

“Los jóvenes que son violentos, es por voluntad propia o porque tienen muchos problemas en la casa, tienen diferentes problemas y no todos piensan lo mismo y entonces los llevan a actuar de diferentes modos, como unos actúan mal, otros actúan bien. Es mejor hablar que

La Banda de la Terraza	Manrique
La Banda de las Casitas	Barrio Enciso y Boston
La Banda de los Aguapaneleros	Barrio Pérez Bello
La Banda de los Alamos	Aranjuez
La Banda de los Calvos	Barrio Antioquia
La Banda de los Cariñositos	Barrio Manrique Las Esmeraldas
La Banda de los Chivos	Barrio Pachelli Bello
La Banda de los Cuquitas	Manrique Oriental
La Banda de la Cueva	Barrio Trinidad
La Banda de la Curva	Barrio Trinidad
La Banda Los de la 9	Barrio Guayabal
La Banda de los Escorpiones	Barrio San Blas
La Banda de los Galletos	Barrio París
La Banda de los Kilers	Barrio El Cairo, La Cumbre Bello
La Banda de los Lecheros	Castilla
La Banda de los Mangos	Barrio Trinidad
La Banda de los Maquinitas	
La Banda de los Momios	Barrio Machado Bello
La Banda de los Monjes	Bello
La Banda de los Muelones	Centro de Medellín, Camino Real, Parque Bolívar, Parque Berrío
La Banda de los Nachitos	
La Banda de los Nachos	
La Banda de los Nevados	Bello
La Banda de los Parveros	Barrio El Salvador
La Banda de los Pemas	Barrio Zamora
La Banda de los Pirris	Aranjuez
La Banda de los Pollos	Aranjuez
La Banda de los Priscos	Aranjuez
La Banda los Ramos de San Martín	Bello
La Banda de los Tatos	
La Banda de los Tesos	
La Banda de los Torcidos	Plaza Minorista
La Banda de los Victorinos	
La Banda de la Estrella	Municipio de la Estrella
La Banda del Trapiche	Bello
La Banda de la Diagonal	Bello
La Banda de las Llanaditas	Barrio Enciso

1. Según la Fiscalía Regional Medellín, estas han sido las bandas más activas y con mayor influencia territorial durante 1995. En esta lista no se incluyen bandas especializadas en piratería terrestre, secuestros, robo de carros, grupos de exmilitantes de izquierda, y otras bandas que son materia de investigación.
2. Si a las circunstancias anteriores, le sumamos el hecho de que muchas de las llamadas bandas históricas de la ciudad, han sufrido fraccionamien-

tos con el correr del tiempo (por ejemplo La Banda de los Priscos, que en los tiempos del Cartel de Medellín funcionaban como una confederación que reunía varias bandas), hoy cada una de estas tiene vida propia como La Banda de la V, La Banda del Hueco, La Banda de la Arboleda, La Banda del Parque, etc., lo que significa que el número de bandas podría cuadruplicarse perfectamente.

3. El único listado de bandas que han dado a conocer los organismos de seguridad del Estado en la ciudad, fue en 1991, donde figuraban 118 bandas en el área Metropolitana. Solamente cerca de un 20% de estas existen actualmente, sin embargo el número de bandas no ha disminuido, lo que indica que la delincuencia juvenil sigue siendo un fenómeno que no decrece.

B. Milicias Populares

Las primeras milicias que existieron en Medellín, se fundaron en 1987 y se llamaron "6 y 7 de Noviembre", en recuerdo de los hechos que rodearon la toma del Palacio de Justicia. Estas milicias fueron formadas por orden de los mandos centrales del E.L.N.: las tareas iniciales de estas milicias, según uno de sus fundadores, era la protección de las marchas campesinas que el E.L.N. promovió por esta época, tanto en el nororiente colombiano como en la región antioqueña.

Un año más tarde, un grupo que se separó del E.L.N., fundó las milicias "Del Pueblo y para el pueblo" encabezada por el desaparecido Pablo García. Estas nuevas milicias tomaron como su objetivo, la lucha contra la delincuencia común, que por entonces era el problema mayor en los barrios populares de la Comuna Nororiental; la filosofía inicial de este grupo la expresó Pablo García, en una de las entrevistas que concedió:

"Las milicias independientes, se crearon luego de constatar el poder que estaban adquiriendo las bandas juveniles en los barrios populares; de evaluar el trabajo de control y vigilancia que en la zona de Barrancabermeja ejercían guerrilleros del E.L.N. y de hacer una crítica profunda al anonimato, marginalidad y desentendimien-

to social con el que actuaba la guerrilla urbana, este grupo de jóvenes emprendimos la labor de armarnos y actuar dentro de los barrios, en medio de una disposición autocrítica respecto a la misión revolucionaria, que hacía parte de las convicciones surgidas durante nuestra militancia en la izquierda, aunque sin pretender establecer nexos con la guerrilla”.

En el año de 1990 nacen las milicias del “Valle del Aburrá”, el segundo grupo de milicias más representativo de Medellín y que nació bajo la tutela del E.L.N., retomando la nueva metodología que habían iniciado las milicias independientes. En 1994 este grupo negoció con el gobierno, en el marco del acuerdo de paz firmado por la Corriente de Renovación Socialista.

Lo que terminó legitimando los diferentes grupos de milicias que actuaban en la ciudad, no fueron las ideas políticas, ni ideológicas, que preconizaban los grupos de izquierda tradicional, sino su lucha abierta contra algunas expresiones delincuenciales, que florecieron a la sombra de la corrupción y la incapacidad de los organismos del Estado, para garantizar la seguridad ciudadana.

Las milicias se apoyaban igualmente en una larga tradición de ilegalidad y autodefensa, que habían vivido algunos barrios de Medellín en el pasado. Como lo ocurrido en la zona nororiental en los años 70's. “*Ante la creciente delincuencia en los años de los 70's, los habitantes decidieron organizarse en verdaderos grupos de autodefensa barrial. Para ello los pobladores se prepararon en los Comandos de Policía o en la Defensa Civil, donde adquirieron destreza y capacitación para desempeñarse como Policías Cívicos. El grupo estaba conformado por los ciudadanos más reconocidos y honorables y en mucho secreto.*”¹

1. Caracterización

a) Objetivos y motivaciones de las Milicias:

En sus inicios, las milicias respondían a tres motivaciones básicas, que fueron en su conjunto las propulsores del movimiento. Luego, en la medida en que crecía la participación de la población y de los jóvenes, esas motivaciones no siempre se asociaron con las voluntades de los nuevos miembros.

Motivaciones particulares, intereses velados, objetivos débiles, ampliaron el espectro de razones para ingresar, convirtiéndose este hecho en un problema de carácter orgánico.

Los objetivos que se visualizan en los comienzos de las milicias son los siguientes:

- **Garantizar la seguridad y la protección** integral de la vida e integridad física de los habitantes de los barrios populares.
- **La defensa y protección** de la propiedad y los bienes individuales y comunitarios.
- **La construcción** de un movimiento popular, político y social con los habitantes de las sectores populares.

Las milicias tuvieron que enfrentar un actor colectivo, armado, como eran las bandas juveniles, que se extremaron en sus ofensivas contra la población de los barrios populares de Medellín. Fue una reacción por la autoconservación.

Un miliciano del barrio Villa del Socorro, expresó el por qué de la decisión de armarse ante el hostigamiento de las bandas en el barrio:

“Es que nosotros no escogimos este camino por gusto, porque nos gustara. Eso fue la realidad la que nos empujó a hacer cosas tan azarosas. ¿ Pero qué otro camino quedaba, si nos tenían acorralados, si nos atraca-

ban, nos mataban, si estaban hasta violando las peladas?"

Los jóvenes de las bandas, convirtieron a sus vecinos de siempre, a sus amigos de infancia, en enemigos, objeto de su sometimiento, gracias al poder que les otorgaban las armas y la cohesión de grupo que los fortalecía.

Homicidios, robos, amenazas, heridos y personas desplazadas, se generalizaron y se convirtieron en el pan de cada día. Las vacunas o el cobro de impuestos a los negocios, tiendas, talleres, microempresas, colectivos y buses, aseguraban a las bandas la compra de armas y la financiación de sus necesidades.

Las milicias quisieron entonces, restablecer la seguridad en los barrios y surgir como reacción legítima, ya que las autoridades y organismos de seguridad del Estado se mostraban indiferentes o incapaces, frente al poder extendido de las bandas.

Los expendios y vendedores de droga y la droga misma, fueron objetivos de erradicación del accionar miliciano, ya que consideran este aspecto como una amenaza de desestabilización y violencia social. Se asoció a la venta y consumo de drogas el hecho del delito, la violencia y las bandas. Es común escuchar, de parte de milicianos y hasta de jóvenes de bandas, que el consumo de droga, en muchos casos, crea las condiciones para la generación de violencia, por los trastornos y metamorfosis que se operan en la psiquis y fisiología de los individuos que la consumen.

Pero no siempre esta es la posición de la milicia: para algunos milicianos el consumir droga no es problema, mientras no afecte la tranquilidad comunitaria. Un joven de una banda opina de esta manera:

"Fui vicioso de la marihuana, el perico. Ya, hoy en

día, no. Todo normal con los sentidos. Muchas veces la causa de la violencia es la droga, con las pepas, claro que yo nunca tomé de eso, pero tuve muchos parceros tomando pepas. Eso le da delirio de persecución a uno, uno cree que un "man" lo va a estar mirando feo o le está hablando y mentiras que es uno mismo. Uno a veces mata personas así".

En los primeros grupos de milicias, estaba la vocación de ganar poder territorial y de organizar políticamente la comunidad:

"El control del territorio nos permitía fortalecer una base social a la cual transmitir el discurso político y de la cual ganar legitimidad al defender su patrimonio y cuidar de su seguridad" (entrevista a Pablo García).

Un miliciano del barrio Villa del Socorro justificaba la presencia miliciana de la siguiente manera:

"Aquí venimos construyendo un derecho práctico, desde la misma comunidad, su derecho a ser autónoma, ese legítimo derecho que no ha tenido nunca esta población marginada, que no ha tenido derecho al empleo, en últimas, a tener una vida digna; ahora lo viene construyendo la población y nosotros somos parte de este legítimo derecho, de ese legítimo poder, así lo sentimos, por eso lo muchachos se sienten bien de ser milicianos, porque hacen parte de esa población que empieza a hablar, a hacer valer los derechos, ante una clase que la ha marginado"

Era pues la labor de recobrar la seguridad en los barrios, el gancho para organizar la población, aunque en últimas y para la mayoría de sectores milicianos primó lo último: el **objetivo militar**: atavismo de una tradición autoritaria, observada en prácticas institucionales, familiares, estatales, educativas, ideológicas, religiosas; en

expresiones partidarias de izquierda y derecha, en los rezagos del colonialismo y de la conquista operando como fardos en las memorias de los individuos. La opción conocida como la más segura y apropiada, era reproducir los esquemas aprehendidos históricamente en las relaciones jerarquizadas, verticales y enajenantes de nuestra cultura.

Para otras milicias no fue tan claro su horizonte político. Todas las que operan en Medellín tienen un fin militar. El objetivo político y social hace parte de algunos sectores de milicias, no de todos.

El ingreso descoordinado y no planificado de otros simpatizantes, conllevó a la explosión de contradicciones profundas en las actuaciones de las milicias respecto a sus sentidos iniciales. A ellas, pues, no se ingresó con un mismo objetivo, o con iguales expectativas. Es difícil medir cuántos milicianos responden a los horizontes trazados por la organización.

Son motivaciones de índole fraccionada y heterogéneas, las que impulsaron el ingreso de muchos jóvenes a las milicias. Pueden inferirse motivaciones de corte pragmático y por conveniencias subjetivas. En muchos casos no prima tanto el bienestar comunitario como horizonte, importa muchas veces el amor a las armas, la búsqueda de nuevas experiencias, el interés de ser reconocido, respetado o admirado socialmente; el evitar ser desterrado del barrio (como sucedió con algunos jóvenes de bandas que decidieron vincularse a las milicias para no ser desterrados del barrio), o también se puede ingresar por accidente, o porque se concibe al drogadicto o ladrón como alguien dañino para el barrio, del que se requiere prescindir, o porque se reconoce en las milicias una expresión que posibilita la socialización y la vivencia de la amistad,

la solidaridad y el compañerismo; por querer un poder personalizado, no tanto político sino un poder cercano a la dominación que busca protagonismo. Hay quienes por conveniencia, se esconden tras una máscara de legitimidad para hacer fechorías por fuera del barrio.

Tres milicianos relatan las motivaciones que los impulsaron a ingresar a las milicias:

1. *“Cuando de pronto aparece dizque la milicia, algo extraño, algo nuevo, algo raro y que está haciendo algo bueno y entonces me dio la curiosidad. Yo más que todo vi el trabajo social y yo descubrí algo, como lo que yo necesitaba. Por los problemas que pasé con la muerte de mi hermano, con las consecuencias que habían traído las bandas juveniles cuando yo analizaba que le daban bala al balón o mataron a ese muchacho que estaba arreglando las cuerdas de la luz, algo tan injusto. Entonces yo empecé a ver cómo era el trabajo de la organización y me gustó y fui entrando, apoyando...”*
2. *“Hace dos años que ingresé a las milicias porque me gusta velar por el barrio, no me gustaba que en la esquina se mantuvieran los bazuqueros implantando el desorden, robando y todo”.*
3. *“Yo no quería admitir ser de las milicias, no quería colaborar... Yo siempre he tenido recelos para ser identificado con los milicianos, para no ser señalado; por varias razones: mi familia, mi estudio o el trabajo... A mi me gustó el trabajo en las milicias porque veía que estaba respondiendo a las necesidades de la comunidad y a la inseguridad causada por las bandas delincuenciales que estaban expropiando y saqueando las casas y graneros del barrio.”*

Entre los comandantes, líderes y mandos medios es

verificable una mayor cualificación política y mayor claridad en sus objetivos individuales y grupales, de quienes, en últimas, depende la estructuración política de los demás miembros.

A medida que se han ido transformando las condiciones de seguridad del barrio, se han reconfigurado los objetivos y fines de las milicias, identificable especialmente entre aquellas que han negociado con el gobierno, puesto que han redimensionado su proyecto y lo han connotado más social y político, disminuyendo (teóricamente) la sustancialidad de lo militar. A su vez, también se replantean un poco los fines individuales y objetivos, puesto que se pasa de un estado de clandestinidad a un estado de evidencialidad; se trata de pensar más en el proyecto comunitario, promover la organización barrial y aprender sobre las formas de relacionamiento social para el trabajo con la población.

b) Las armas: otro fetiche

La relación del joven con las armas, quizá no ha sido tema de interés, pero la facilidad de acceso a ellas, la existencia de un mercado de armas en la ciudad surtido por varios sectores armados y el valor que ha denotado su carácter mediador de las relaciones sociales, conducen a aseverar que el diálogo, las ideas y la palabra han perdido protagonismo como mediaciones para la resolución de conflictos.

Sea por nuestra historia, por la cultura, por lo que es cada hombre en la compleja psiquis, las armas son motivo del fervor y la rendición de muchos hombres. Ellas han encarnado y simbolizado el poder, la autoridad, la fuerza, el éxito y la valentía; por ello se muestran, se acarician, se admiran, se habla de ellas con asombro y cautivación. Los jóvenes que acceden a ellas, son sugestionados por su

magia, hasta el punto de incorporarlas a su vidas, movimientos y proyectos. Algún líder miliciano, sugería la necesidad de un tratamiento psiquiátrico-psicológico para emanciparse de la seguridad que otorgaban las armas, de la obligación de poseerlas para ser.

Una ex-guerrillera del M-19 presenta un testimonio patético sobre el significado del arma para quien depende de ella:

“Esa relación del hombre con el arma se convierte en un problema de identidad. A uno al principio las armas lo asustan, son un encarte, después se asumen como una continuidad del cuerpo. La relación se va haciendo mucho más fuerte cuando ya el paso por un retén implica que vos sin el arma vas a ser víctima de una desaparición o de una detención con tortura. Pero llegamos al fetiche de las armas. En un mundo que tiene tanto que ver con la vida y con la muerte, ese instrumento que te garantiza la supervivencia se convierte en compañía irremplazable. Si te quitan el arma es como si te quitaran una parte del cuerpo. En este país el arma se volvió para todo el mundo una necesidad, hace parte de nuestra cultura. Un hombre en este momento vale más si tiene un arma al cinto, porque el arma da reconocimiento social, es una posibilidad de ser alguien y de ejercer poder sobre otros (...). Es muy triste que en una población el respeto esté mediado por la presión de las armas”

c) Las milicias: experiencia de vida

Muchos jóvenes, ávidos de nuevas experiencias, cansados de la quietud impuesta por un medio sin ofertas ni posibilidades y sin los elementos para abrirse autónomamente a nuevas prácticas o nuevos paradigmas, decidieron vincularse a las milicias como medio para vivir retos, aventuras, dificultades y el peligro. La edad juvenil coad-

yuva a explotar estos deseos. Una miliciana afirmaba:
*"Moravia está bastante pacificada, cada vez hay menos boleo y cuando no hay acción empiezo a aburrirme, por eso estoy pendiente del traslado para ir a otro sector a seguir acabando con los pillos"*²

El riesgo, inherente a la actividad miliciana, operó con argucia en los móviles juveniles.

d) Milicias: escenario para ser reconocidos y respetados

Aunque esta motivación puede estar articulada a otras de carácter más altruista, hemos querido señalarla en tanto que los hombres en su generalidad han encajado en sus relaciones y aspiraciones, la búsqueda del reconocimiento. Y si bien esto es comprensible, se hace preocupante cuando, so pretexto de ser reconocido y respetado, se enajena el individuo y se le otorga a elementos externos, la capacidad de generar el reconocimiento e identidad individual, en este caso, a las armas.

Esto nos conllevaría a pensar en los referentes culturales, a partir de los cuales los individuos están fijando sus orientaciones, búsquedas y estilo de vida; pensar además qué tipo de individuo se intenta transmitir a las nuevas generaciones: si aquel moldeado y prescrito por las sutilezas del espíritu gregario o aquel que ha de edificarse bajo los designios de la universalidad y la autonomía.

El poder sobre la vida de los otros, el control perspicaz que su presencia produce, la vigilancia sobre los movimientos y actuaciones de los demás, hacen sentir al miliciano un ser con autoridad, si se quiere manipulador de los sentimientos, decisiones y actuaciones de sus vecinos y cercanos del barrio.

Es marcado y profundo el miramiento y fidelidad que se tiene para con los milicianos, especialmente para

con los jefes o comandantes, bien sea por gratitud, por aprecio y afecto, por respeto o por temor y hasta por idolatría.

e) Las milicias: última oportunidad para "los pillos"

Ha sido frecuente que muchos jóvenes de bandas, se adhieran a la milicias como última elección ofrecida, para no tener que salir del barrio o ser asesinado. Esta motivación no es pues surgida de la voluntad personal, es inducida y por tanto muchas veces estos jóvenes responden a la organización, pero otras veces se desvían de las orientaciones plasmadas en el esquema organizativo o traicionan a sus miembros y a las milicias.

Un miliciano nos cuenta que en el barrio Moravia ocurrió un caso similar:

"Cuando esto se puso feo, una banda a la que se les dieron las armas, se torció, creyeron que por ser milicianos podían extorsionar y vender vicio, al nosotros no permitirlo se fueron con las armas, nos mataron dos compañeros y nos robaron la plata, al rededor de un millón de pesos."

Algunas milicias, en su pretensión de dialogar y acordar sus exigencias, han invitado a distintas bandas a acogerse a sus preceptos y a vincularse a su proyecto si lo desean, ordenándoles no robar, no atracar, no violar, no asesinar o lesionar a los pobladores del barrio; si estas no lo aceptan son enfrentadas y entonces exterminadas o desterradas.

Algunas bandas aceptaron las exigencias hechas por las milicias, se mantuvieron en el territorio sin incurrir en los hechos sancionables; otras opusieron resistencia, iniciando una confrontación armada y otras se fundieron en las milicias.

Sucedió algo particular con las bandas denominadas de "oficina", que tenían relaciones estrechas con el narcotráfico. Las milicias dialogaron con estas bandas, les propusieron no molestar la población de las barriadas y les permitieron mantener sus negocios, que se extendían por toda la ciudad. Puede explicarse esta situación quizás, por la capacidad organizativa y militar de las "bandas de oficina", pues los vínculos que sostenían con el narcotráfico y las mafias, las convertían en contradictores menos vulnerables. Se guardaron entonces ciertas distancias y se respetaron los acuerdos.

Sin embargo, en algunas zonas de la ciudad esto fue diferente. Las "bandas de oficina" no permitieron ningún condicionamiento ni solicitud por parte de las milicias, lo que ocasionó enfrentamientos de proporciones más agudas.

En Aranjuez por ejemplo, zona donde han proliferado las "bandas de oficina", los Priscos tenían el control sobre el resto de bandas y sobre el territorio; hacían respetar la población de los barrios, vigilaban y regulaban de alguna manera la acción de las demás bandas del sector. Las milicias no pudieron ingresar a los territorios vedados por la influencia de los Priscos, a pesar de enfrentarlos militarmente. En últimas, se superponía un conflicto por el control de territorios, objetivo táctico militar de las milicias, quienes buscaban expandirse por la ciudad.

f) Accidente o simpatía

Para algunos jóvenes, la adscripción a las milicias no fue el resultado de algo "preconcebido o premeditado". Muchos se vieron envueltos en ellas, sin proponérselo o sin contar con unos objetivos claramente definidos. La participación y el protagonismo que adquirieron las milicias en los sectores donde hacían presencia, les confirió

legitimidad, aceptación y respaldo por parte de la población, a pesar de que en un principio sus operaciones sembraron el miedo y la conmoción en los barrios. Estas milicias se quisieron vincular a todo programa, organización o actividad que se desarrollaba en el barrio, como promotoras, organizadoras o fiscalizadores. De esta manera y a través de las obligadas conversaciones y comunicaciones con los pobladores, las milicias permearon las relaciones con la comunidad y diferentes estamentos sociales y políticos. Ellas se convirtieron en actor protagónico.

En medio de la movilidad, la ingerencia y operatividad de las milicias en los barrios, muchos jóvenes se mezclaron indirectamente con milicianos y empezaron a ganar confianza en sus ámbitos, colaborándoles con información, con la complicidad o con determinadas operaciones que no implicaban el uso de las armas. Así muchos jóvenes se encontraron involucrados en las milicias por simpatía o por accidente:

“Los milicianos le daban confianza a uno, ya no era ese miedo que uno le tenía a los pillos, sino la confianza que ellos daban, inspiraban; entonces, yo no pedí entrar, sino que me empecé a mantener más con los milicianos y empecé a ayudarles, a colaborarles, entonces me vieron la voluntad que yo tenía y me empezaron a colaborar y me fueron entrando poco a poco.”

g) “Los dañinos del barrio”

Para algunos milicianos el drogadicto, el atracador, el expendedor de droga o pandillero, son la imagen de seres indeseables. Son para ellos, enemigos. Ya no significa tanto su condición de actor para la eventual amenaza y vulneración de su integridad y propiedad, o de su proceso organizativo, es decir no se lee desde la preocupación preventiva de tener al otro como potencial delincuente o

criminal, se le mira como sujeto u “objeto inútil y desechable” del que se debe y puede prescindirse. Puede inferirse que hay una asociación de droga-violencia, pues los jóvenes de las bandas en su mayoría, acudían al consumo de distintas drogas como las pepas, el alcohol, la marihuana o el bazuco.

De otra parte, para algunos milicianos las acciones desprendidas en sus operativos, apuntaban a “limpiar” la sociedad, el barrio o la zona de “indeseables”. Hay en varios de ellos, una aceptación explícita de ser un grupo de “limpieza social”: aceptan ser identificados así.

Esta afirmación la encontramos especialmente en militantes de la base. Dos milicianos contestaron a la pregunta sobre su la afirmación de que las milicias son o eran grupos de “limpieza social”:

“Si, claro, es que las milicias son un grupo de limpieza. A este barrio antes no podía entrar ningún taxista porque le robaban el taxi, lo desvalijaban, mataban el chofer. Antes aquí era un tremendo burdel, por aquí las peladas que le gustaran a uno de los pillos y no se prestaban para sus exigencias, llegaban y la mataban o le mataban la familia. Ya ahora con el grupo de milicias acá no pasan esas cosas, mucha gente está de testiga, por eso es que la gente nos apoya.”

“Se podría decir que las milicias son grupos de limpieza social porque nosotros consideramos a algún ladrón, algún bazuquero, a algún cochino, un sucio.”

Sin embargo, para otros, en especial los dirigentes de la milicias, las actividades desplegadas para prescindir de drogadictos, atracadores o pandilleros, no pueden enmarcarse en la lógica de la limpieza social, pues ladrón o pandillero no le confiere la etiqueta de sentenciado a muerte. Por ello, las milicias acudían al método del día-

logo y la persuasión y si no era posible lograr un cambio de actitud y motivación en el señalado, se le proponía la salida del barrio o la zona y se le advertía varias veces, pero si persistía en su posición, no quedaba otra salida sino la de actuar:

“No hay forma de ser un grupo de limpieza social, porque entonces se tendría que extinguir todo el mundo, porque es que todo el mundo tenemos errores. Uno hace ver las cosas, venimos a cuadrar todo, a organizar las cosas, nosotros venimos en un plan de trabajo social y de seguridad, pero no como un grupo de exterminio, en ningún momento”. (Testimonio de un comandante miliciano)

Algunos milicianos no consideran que consumir droga sea un actitud reprobable; piensan que lo problemático es cuando bajo los efectos de la droga, tratan mal a su familia y a la gente, o cuando roban para consumir, o deja de responsabilizarse de las obligaciones concómitantes a su rol en la familia, o también cuando consumen droga delante de sus hijos. Un comandante miliciano nos relató lo siguiente:

“Uno por lo general no mata al vicioso, sino que uno habla con él. Por ejemplo tal papá se toma los tragos y viene a violar la hija, entonces uno habla con él, con la familia, con un psicólogo. Eso mismo hacemos con el que tira vicio. Si uno va a matar por vicio tendría que matar a todo el mundo, porque en la policía hay gente viciosa, en el ejército hay gente viciosa, en el gobierno. Las cosas no se pueden solucionar así, nosotros no estamos en contra de que se tire vicio, pero que no perjudique a la comunidad”.

Otros no condenan a los ladrones por ladrones. Censuran sus actuaciones cuando afectan y vulneran directamente la propiedad, la integridad de los habitantes del

sector en el que operan. Un miliciano expresaba:

“La gente no se puede dejar morir de hambre. Hay que rebuscar el billete, pero yo les digo: muchachones, la plata hay que buscarla donde está, no aquí en el barrio donde todos somos embalados, vamos donde los ricos que son regularmente los que tienen. Por eso la autodefensa no se opone a los negocios, sino a que se “lumpenicen” contra el pueblo”

Se conocen algunos milicianos dirigentes y militantes que gustan de la droga, por el derroche de dinero y por el acercamiento a trabajos de corte delincuenciales. Lo anterior manifiesta una contradicción y ambigüedad en los principios y fundamentos de la organización miliciana, de lo que se infiere que las orientaciones y direcciones al interior de las Milicias, se diseñan en un marco de flexibilidad y laxitud.

2. Estructura

Las distintas milicias se asemejan en su estructura organizativa. Son de corte generalmente vertical, encabezadas por un comandante máximo; luego siguen los mandos medios, luego los milicianos de base y por último sectores de la comunidad que los apoya de diversas formas.

Esta estructura proviene de la forma organizativa guerrillera: el Comandante es el referente central de poder, saber y capacidad decisoria en lo político y en lo militar. Las decisiones son tomadas regularmente entre el comandante y los jefes, líderes o mandos medios. A veces quien decide en última instancia es el Comandante principal. Los milicianos de base ejecutan las órdenes de los mandos medios y de la comandancia. A veces son consultados en algunas decisiones.

En otra etapa de estos grupos armados, como la vivi-

da por las milicias que negociaron con el gobierno, donde se atiende con más énfasis el objetivo organizativo y la promoción comunitaria, las funciones y responsabilidades se difunden o se delegan más; se democratiza un poco la toma de decisiones, dándole espacio a las iniciativas de los milicianos.

En esta nueva fase, ya no se identifican como milicianos sino como **“gestores de paz”** (Milicias Populares del Valle de Aburrá-Barrio Moravia), quienes están organizados por comités, encargados de canalizar todo el trabajo comunitario posible. Se distribuyen en comités de capacitación y formación humana, recreación y deportes, promoción organizativa y cultural, trabajo con la niñez y los ancianos. Actualmente está en marcha un proceso de consolidación del nuevo perfil adquirido por las milicias que negociaron.

La concepción política que atraviesa los discursos y la racionalidad miliciana, se circunscribe en las esferas del pensamiento de izquierda. Es frecuente escuchar de sus voceros y comandantes, las críticas a un Estado ausente, olvidado de las comunas, represor y policivo y la reacción contra la sociedad burguesa que posee los privilegios y garantías políticas y económicas.

Demandan la inversión social, el empleo, la educación, los espacios para la recreación, el deporte y la cultura; el saneamiento ambiental, la remodelación habitacional y alternativas para la población juvenil. En sus principios, las milicias no hicieron muy público su pensamiento político. Si acaso se expresaban por un boletín de circulación restringida, en los barrios donde desplegaban sus actividades, marcados claramente con un matiz de izquierda radical.

Luego de la negociación realizada por algunos secto-

res, el discurso político de estas milicias se hizo más público y se presentaron con un tono más moderado, con un espíritu más concertante, de diálogo democratizante y con una intencionalidad abierta de enfatizar en el proyecto político.

En las milicias se hallan estudiantes de secundaria, universitarios, trabajadores formales e informales, obreros, empleados, desempleados, amas de casa, madres, padres y solteros con o sin hijos, analfabetas, jóvenes retirados de estudiar, simpatizantes de partidos políticos tradicionales. Las milicias son heterogéneas en su composición, lo que ha implicado cierto grado de conflictividad interna y dificultades para la cohesión del grupo, presentándose en ocasiones, contraposición de intereses y concepciones.

Además es una colectividad que facilita el juego de la doble moral. Es quizás esta composición, un ingrediente que acelera la relación autoritaria entre comandantes y bases.

Otras actividades de las milicias, apuntan fundamentalmente a la consecución de recursos para su financiación, que en principio eran el atraco a bancos, el secuestro, el "cobro de impuestos" a productores y comerciantes de la zona, el robo a almacenes y los aportes que la comunidad ofrecía voluntariamente (esto para las milicias independientes). Las milicias hijas de las expresiones guerrilleras, reciben los aportes de grupos como el ELN, para el caso de las milicias de occidente y las B.R.P. y de las FARC, en el caso de las milicias bolivarianas.

Actualmente cuatro sectores milicianos se han reinsertado. Sus fuentes de ingresos provienen básicamente de los aportes gubernamentales acordados en el proceso de paz y de actividades o colectas comunitarias.

3. Territorialidad

Este aspecto se ha convertido en un motivo de guerra entre las milicias. Ha sido también de una gran significación social y política para estos grupos, a la vez que se han entablado lazos identificatorios.

La territorialidad se demarcaba según el nacimiento de la milicia o según la capacidad expansiva demostrada por estos grupos. Las milicias se expandieron según su capacidad organizativa y militar. Una estrategia era establecer contactos en los barrios, para luego desplazar un grupo de milicianos de un barrio a otro e integrarse a los habitantes organizados.

Los milicianos patrullan, vigilan y controlan las calles que conforman el barrio. El territorio se constituye en su centro de operaciones, de vida, de relaciones, de proyecciones, hasta de encierro y muerte. De la zona en la que operen, depende su grado de poder; de la capacidad de defensa, se deduce la fuerza organizativa y militar de las milicias.

El territorio es un elemento que connota raigambre; identifica a sus habitantes. En ocasiones se volvía un problema para ellos, puesto que les demarcaban hasta donde podían caminar, circular, avanzar y cuales eran las fronteras simbólicas o de lo contrario corrían peligro sus vidas. Se apresó a la población en los límites de su barrio; la ciudad dejó de pertenecerle, se le enajenó de la ciudad, fue una pérdida del derecho a la ciudad, derecho sin importancia en la confrontación ciega por el poder. Las armas terminaron hablando solas; se expropió de lo público a la población: lo poco que aún poseía, se le subsumió a su habitación y a sus prácticas cotidianas atravesadas por el temor y las precauciones obligadas para favorecer la vida.

Al preguntar a varios integrantes sobre como se sentían en las milicias, respondieron:

"Yo me he sentido bien, una ayuda a la gente, hacemos algunos festivales, algunos bailes para recoger fondos para ayudarle a los más necesitados".

"Lo que pasa es que en un tiempo era lo prohibido y lo prohibido es lo más apetecido, que la ley, que las bandas, que mucho enemigo, en ese tiempo estaba con mucha tensión, se mantenía uno como sobresaltado. Ahora me siento como en una familia."

"En la organización yo me he sentido normal o sea sin problemas. El barrio ya me reconoce como miliciana, me respetan y eso me entristece, porque no me toman como una persona del barrio sino como una persona superior. Ahora estoy insatisfecha, ya no soy como era antes, antes me sentía bien estando en la milicia, me gustaba, sin mostrar ser parte de ella."

4. Modus Operandi

Las milicias introdujeron a sus formas de acción, los métodos, tácticas, estrategias y procedimientos propios de la tradición guerrillera.

Las acciones conservaron un grado de planificación. La sorpresa fue una táctica de guerra bien aprovechada. Se hacía investigación y seguimiento a la víctima, con el fin de no fallar o incurrir en un error. Se trabajó constantemente para no permitir que el descuido o la distracción provocará una pérdida o una derrota; la vigilancia y el control en todos los niveles, se asumieron como funciones permanentes; el patrullar de jóvenes armados por los barrios, se hizo costumbre; se comprometió a la población en la colaboración y apoyo de las milicias; se involucraron niños, mujeres y ancianos para garantizar su labor.

Se hicieron comunes los juicios populares en las comunas y barrios (práctica antigua de la guerrilla). Se juzgaba y sancionaba a personas, generalmente jóvenes, que ocasionaban daños y agravios a la población.

En los barrios, se aprehendía a un ladrón, se llamaba a la persona afectada, a los presidentes de las acciones comunales y a los comandantes milicianos, se presentaban los motivos de la acusación y se le daba otra oportunidad para que rectificara su conducta. A los cabecillas de bandas se les sugería salir del barrio.

A pesar de la existencia tácita o explícita de ciertos códigos que regulaban la actuación de los milicianos, muchos de ellos incurrieron en acciones que desbordaron sus objetivos, contradiciendo los principios mismos de la organización, generando también intranquilidad y zozobra en las gentes del barrio:

“Hay pelados de la autodefensa que se han vuelto prácticamente sicarios. Había uno, que ahora está muerto, que decía que necesitaba la cuota semanal de un muerto. Ese pelado quedó traumatizado por el daño que una banda le hizo a su familia. (...) Otros se han torcido. Como se sienten poderosos con un arma, se emborrachan, quieren atropellar a la gente y se ponen a faltonear” Testimonio Miliciano. ³

Las milicias poseían armas de fuego, de corto y largo alcance. Se preparaban para la guerra, programaban talleres de entrenamiento físico, atlético y militar. Se capacitaban en operaciones de inteligencia. Podían actuar a cualquier hora del día, pero especialmente en horas de la noche.

5. Roles en juego

Se identifican los jefes o comandantes, con una aura de mando, de respeto y admiración social. El líder, des-

tacado por su capacidad analítica y propositiva, se le consideraba igualmente con respeto. El miliciano, mientras tanto, dentro de su comunidad goza de aceptación, gratitud y comprensión. Los colaboradores que tienen distintas funciones, menos de corte militar, hacen operaciones de inteligencia.

La organización miliciana para su integrante se le asemeja a una familia, que lo acoge, lo apoya y le posibilita afecto. Algunos se identifican tanto con el proyecto miliciano, que asumen su condición, como un estilo de vida. Otros consideran su paso por las milicias como una circunstancia transitoria en su vida.

6. Dinámicas e Inter-relaciones

La dinámica miliciana estuvo mediada en sus comienzos por el objetivo militar. Luego de la negociación de algunas milicias, se encuentra más mediada por una propuesta política y social.

Es por ello que se generó un cambio de dinámica, pues primero, los esfuerzos mentales y físicos, se colocaban al servicio de la recuperación de la seguridad barrial y en la defensa de la propiedad. Ahora, los esfuerzos apuntan a la organización comunitaria, al desarrollo social y político y al sostenimiento de la seguridad.

En su dinámica incluyen talleres, reuniones, charlas, conferencias, ejercicios y paseos de integración; se juntan en las actividades comunitarias para dialogar y compartir. Las relaciones internas del grupo no tienen que ser estrechas, a pesar del entendimiento entre subgrupos, pero se caracterizan por el respeto mutuo y la búsqueda de salidas dialogadas a algunos conflictos. Hay cierta cohesión grupal e identidad con los nuevos proyectos. Las milicias representan para algunos jóvenes, un espacio alterno de socialización, integración y lúdica, opción

además para ocupar y aprovechar el tiempo.

Las relaciones entre las milicias han cambiado de sentido, de acuerdo con las nuevas circunstancias y coyunturas. Es posible apreciar, que en determinados momentos se intentaron relaciones de acercamiento y proyección unificada, pero para otras ocasiones se verifica una realidad: persisten las diferencias entre unas y otras, por los sesgos ideológico-políticos, los conflictos de disputa de territorios y las herencias de deudas por homicidios y enfrentamientos. Se han intentado algunos acuerdos en este orden, pero aún no se conocen.

7. Sentidos y grados de pertenencia

Algunos milicianos se sienten pertenecientes y satisfechos con las milicias. Han vivido su experiencia intensamente y la han valorado. Algunos quieren continuar a pesar de la nostalgia de guerras pasadas. Otros quieren retirarse porque quieren rehacer su vida individual. Unos están cansados, otros quieren seguir luchando.

Hay además, un grado de pertenencia a la comunidad y dentro de las preocupaciones centrales en los milicianos, está el cómo tratar la gente y trabajar en conjunto con ella.

Con las dificultades propias de una organización, inherentes además a la condición heterogénea y juvenil de los miembros de las milicias, estas tienden a tener suficientes bases para poseer un carácter permanente. Pueden haber decisiones internas que las fraccionan. Se mantiene una pregunta por la existencia necesaria de un jefe único: ¿en caso de que éste faltara, qué podría hacer el grupo?

8. Escenarios

Las milicias actúan en barrios populares de Medellín. No tienen presencia en todos. Básicamente, han incurrido

nado en sectores populares de estratos bajos, aunque han logrado penetrar algunos de clase media. Los barrios en donde actúan, son sectores reconocidos por su marginalidad frente a la políticas de intervención estatal, donde pueden estar ubicados asentamientos subnormales.

Sus características urbano-espaciales, responden a procesos de construcción desordenada y sin planificación de la ciudad, la cual es en muchas zonas, el producto de múltiples esfuerzos colectivos de los pobladores.

En Medellín, los servicios básicos como acueducto, alcantarillado y energía, están en su generalidad satisfechos. Subsisten todavía necesidades como la pavimentación y mejoramiento de vías; reestructuración y mejoramiento habitacional; apertura de espacios de recreación, deporte y cultura; puestos de salud; centros educativos.

En la zona Noroccidental de Medellín, no les ha sido posible abarcar su punto más neurálgico y extenso como es el sector de Castilla. Allí las bandas no han permitido su ingreso, pues su capacidad militar ha neutralizado cualquier intento miliciano e inclusive el de otras bandas que quieren generar inseguridad.

Las milicias se constituyeron en un poder local, con legitimidad otorgada y avalada por sectores de la población.

Esta es la lista de algunas organizaciones milicianas de Medellín

"6 y 7 de Noviembre": fundada en 1987. Fueron las primeras milicias de la ciudad. Ligadas al E.L.N.. Actualmente solo funciona un grupo, independiente de las organizaciones guerrilleras, en algunas zonas de la Comuna Centro-oriental como el Barrio Caicedo.

"Milicias del Pueblo y Para el Pueblo": fundadas en 1988 como una disidencia del E.L.N.. La última división que tuvieron, fue cuando el sector que encabezaba Pablo García negoció con el Gobierno Nacional. Actualmente operan en algunos sectores de la Comuna Nor-oriental, como el Barrio El Jardín, y en zonas de la Comuna Centro-occidental y Nor-occidental.

"Comandos Obreros Armados Revolucionarios" (COAR): empezaron como una división de las "Milicias del Pueblo y Para el Pueblo" en 1991. Empezaron a funcionar en los Barrios de invasión del sector del "Limbo" en la Comuna Nor-oriental. De allí fueron desplazados por los organismos de seguridad del Estado, la delincuencia y otros grupos milicianos. Actualmente están asentados en un pequeño barrio del Municipio de Itagüí. Recibe influencia del Maoísmo.

"Comandos Obreros" (COB): forma otra división de las Milicias Populares del Pueblo y para el Pueblo. Funcionan en sectores de la Comuna Noroccidental, como los barrios de Santander y París.

"Milicias Populares del Valle de Aburrá" (MPVA): nacieron en 1990 bajo la orientación del E.L.N. En 1994 un sector de estas milicias se separó del E.L.N. y se unió con la Corriente de Renovación Socialista en el Barrio Moravia. Ese mismo año, otro sector negoció con el Gobierno, en conjunto con las milicias del Pueblo y para el Pueblo. Actualmente siguen operando algunos pequeños grupos bajo esa denominación, en Barrios como Andalucía y la Colina en Guayabal y el Barrio "Pablo Escobar".

"Brigadas de Resistencia Popular" (BRP): Luego de la separación de las MPVA, el E.L.N., en 1992, reagrupa una nueva organización bajo esta denominación. Tienen influencia en gran parte de la ciudad. Actúa en algunas ocasiones, bajo otras denominaciones: en el municipio de Bello como "Pueblo Unido", en el municipio de Itagüí como "Milicias del Sur", y en la comuna Centro-Occidental como "América Libre".

"Milicias de la Minorista": nacieron como una división de las MPVA y operan en la Plaza Minorista de Medellín. Se asemejan más a las prácticas delincuenciales que milicianas. También los llaman "Los Torcidos".

"Milicias de Guadalupe": operan en el barrio de este mismo nombre, en la Comuna Nor-oriental, y son una disidencia de las Milicias Metropolitanas que negociaron con el Gobierno en Santa Elena.

"Comandos de Resistencia": influenciado por los núcleos proletarios, bajo la influencia del Maoísmo. Operan en el municipio de Itagüí.

"Milicias Bolivarianas": son el proyecto miliciano de las FARC. Operan en diversos sectores de la ciudad.

"Comandos Populares": son disidencias de las Milicias Bolivarianas. Actúan en el barrio "El Picacho".

C. Coosercom

1. Antecedentes

El acuerdo final, suscrito el 26 de Mayo de 1994, entre el Gobierno Nacional y los tres grupos de milicias que se habían concentrado previamente en una finca del Corregimiento de Santa Elena, contempló como punto central, la reagrupación de los reinsertados de dichas or-

ganizaciones, en una cooperativa de seguridad que operarían en los barrios donde funcionaban estos grupos.

Así nació la Cooperativa de Servicios Comunitarios, Coosercom, que se inició con 350 vinculados, de los cuales hoy sólo quedan unos 200, debido, en buena parte, al sistemático asesinato de sus miembros, como resultado de guerras internas y el desmantelamiento de algunas de sus sedes, como la que estaba ubicada en el barrio El Picacho de la comuna Nor-occidental.

2. Coosercom y la juventud

La que fuera concebida como una fórmula pacificadora, generadora de empleo para los reinsertados de las milicias, terminó convertida en un boomerang, en un instrumento de guerra que se ha vuelto, no solo contra la comunidad en sus barrios de influencia, sino contra sus mismos integrantes, en su mayoría jóvenes.

Han muerto más miembros de Coosercom en un año de funcionamiento de este organismo, que en cinco años de acción ilegal de las milicias que negociaron.

Lo que hace más dramático el caso de Coosercom, es que como el resto de los sectores armados de la ciudad, está conformado por jóvenes, que en su mayoría no sobrepasan los 25 años y algunos no llegan a la mayoría de edad.

Muchos jóvenes que integraron las milicias populares, miraron con una gran expectativa el proceso de negociación con el Gobierno, con la aspiración de salir del laberinto de la guerra, que sólo les ofrece una vida azarosa y sin futuro.

Cuando muchos de estos jóvenes pasaron a conformar esta cooperativa, vieron como en cuestión de muy poco tiempo, se desmoronaron sus ilusiones, al verse enfren-

tados a las mismas adversidades del pasado. Una carrera signada por la hegemonía de las armas.

La poca preparación política y académica de sus miembros y los bajos salarios, han desatado una ola de “lumpenización” y la destrucción entre sus mismos miembros.

“Moncho” era un joven que estuvo en el Campamento de Santa Elena, mientras sus dirigentes negociaban los términos de la desmovilización con el Gobierno Nacional. Durante ese tiempo, el Instituto Popular de Capacitación —I.P.C.—, realizó una serie de entrevistas, con el ánimo de producir un video, que sirviera de memoria visual de esta negociación. Allí, “Moncho”, en una extensa entrevista, hablaba de sus proyectos en la vida civil: *“Salirme de esa mierda que era la guerra. Organizarme con mi novia. Armar una familia. Terminar mi bachillerato (del cual solo había cursado un año)”*, entre otras expresiones reunían los sueños de “Moncho”.

Moncho entró a hacer parte de la planta de reinsertados que conforma COOSERCOM. Se puso su uniforme, y con un arma de dotación ahora amparada por el Estado, sintiendo que ahora tenía la protección de este, pero que en el fondo estaba haciendo las mismas cosas que hacía en el pasado: aprender a vivir en la calle y tratar de esquivar los enemigos. A “Moncho” le tocó trabajar en la sede de Manrique, precisamente donde más “tropeles” habían, pues allí actuaba la “Banda de la 30”, una de las que más le había dado “guerra” a las milicias en el pasado.

“Moncho” había reconocido durante su entrevista, que su mente y sus afectos habían sido minados por esa azarosa vida del pasado, siempre corriendo o matando; reconocía también que la muerte se había convertido en una obsesión para él.

Una de esas noches, luego de haber terminado su turno de trabajo, durante el cual había asesinado a dos supuestos miembros de la Banda de la 30, "Moncho" se vio repitiendo su papel, en esa desgastada telenovela del pasado. Se llevó el revolver de dotación para su casa, con el cual más tarde pondría fin a su vida.

3. Reestructurar a Coosercom: una necesidad

Es irónico y contradictorio, que mientras muchos jóvenes de la ciudad, se están preparando para ser constructivos en sus comunidades, conformando grupos juveniles, haciendo algarabía para elegir sus candidatos al Consejo Municipal de Juventud, participando en actividades culturales en su barrio, jóvenes como "Moncho" y otros integrantes de Coosercom, sean víctimas y la vez victimarios de homicidios, sumados a otros delitos contra la vida y la propiedad.

Las constantes denuncias de la comunidad, por hechos cometidos por Coosercom, han provocado que diferentes organismos de control del Estado como la Procuraduría, La Oficina de Convivencia para Medellín, las ONG y la comunidad en general, hayan unido sus voces para pedir al Gobierno Nacional, la reestructuración de esta cooperativa de vigilancia, reubicando a sus integrantes en actividades de índole cívico y comunitario, que les permita a muchos jóvenes salir de ese círculo vicioso de la guerra.

Todos estos clamores, hasta ahora no han tenido eco. Mientras el Gobierno Nacional, se empeña en sacar adelante propuestas guerreristas como las medidas de conmoción interior decretada recientemente, las cooperativas de seguridad en la ciudad y en el campo, parecen estar dispuestas a sacrificar la vida y la salud mental de toda una generación, para cumplir sus propósitos.

III. A MANERA DE CONCLUSIÓN: UNA APROXIMACIÓN INTERPRETATIVA A LA VIOLENCIA JUVENIL EN MEDELLÍN

Los intentos de explicación o interpretación que se hagan sobre la violencia en Medellín, no pueden ser unilaterales, unidimensionales o absolutas.

A pesar de los esfuerzos por comprender el fenómeno, la situación de violencia que vive Medellín, sobrepasa los diagnósticos e interpretaciones que sobre ésta se han formulado. Las tareas desplegadas para intentar menuejar el peso de esta realidad, no dejan de ser parciales y poco efectivas. Es necesario, en el plano investigativo, seguir develando las intrincadas relaciones y las contradicciones tejidas por los actores agentes de violencia.

La violencia en Medellín ha recorrido momentos distintos y coyunturas específicas, que la caracterizan como un entramado de reacciones en cadena, producto de las dinámicas generadas por la irrupción de nuevos sujetos sociales, económicos y militares en determinados períodos de tiempo.

Más que buscar nuevas explicaciones sobre este fenómeno, es importante persistir en ciertos territorios comunes, donde, sin pretender instalarnos cómodamente, visualizamos resquicios sugerentes, líneas de búsqueda y de lectura de dicha problemática.

MEDELLÍN: CIUDAD DE EXCLUSIONES

Las condiciones de marginalidad y exclusión política, social, económica y cultural, a las que ha estado sometida la mayor parte de la población históricamente, han generado un clima propicio para la irrupción de fenómenos de violencia. La desigual distribución de la riqueza y los ingresos, más del 50% de la población en condiciones de pobreza; uno de los índices de desempleo más elevado

del país, especialmente el juvenil; el crecimiento de la informalidad laboral; el déficit en la oferta y la deficiente calidad de la educación; una infraestructura habitacional y espacial degradante, que no permite una relación armónica y satisfactoria con el entorno en vastos sectores de la ciudad, la carencia de espacios para la recreación, el deporte, la cultura y el esparcimiento, y las bajas oportunidades de participación real y efectiva de la población en la determinación de su futuro, son entre otros, los aspectos problemáticos de innegable determinancia en el tipo de relaciones establecidas entre la población, su entorno, los otros y el Estado.

Esta situación histórica de negaciones y desigualdades en todos los órdenes sociales, se convierte a su vez en la mayor violencia y en la violencia más intensa y extensa. *“La violencia no reviste una única forma, sino que es múltiple y diversa; de tal manera que todo acto dirigido a negar al otro en su existencia como ser biopsicosocial es considerado un acto violento”*.⁴

“AUTODEFENSA COMUNITARIA” E INTEGRACIÓN AUTORITARIA DE LA POBLACIÓN

Muchos de los barrios de Medellín, se fundaron y construyeron con el tesón y perseverancia de sus pobladores, que acudieron a diversidad de medios y recursos locales y externos para organizarse solidariamente y tratar de asegurarse un lugar en la ciudad, una vivienda o un rancho, un barrio, una comunidad.

Las décadas del 60 y el 70 estuvieron signadas por los procesos de poblamiento y estructuración urbano espacial. Las familias migrantes llegadas a Medellín, se instalaron en las laderas, se abrieron territorio en medio de las adversidades topográficas y recurrieron a métodos de

autodefensa, armándose de piedras y palos, para enfrentar la fuerza pública y los particulares que reclamaban la propiedad de los terrenos ocupados, cuando intentaron por la fuerza desplazarlos de las zonas ocupadas.

Las comunas de Medellín, en especial las que concentran los estratos medios y bajos, crecieron en medio de un Estado indiferente a sus necesidades y ajeno de su función social. El Estado se conoce en las comunas, en general, por su presencia militar y policiva; fue esta la imagen que quedó grabada en sus representaciones simbólicas. Se trató de integrar a la población primero de manera militar, como se tejió el territorio nacional, “antes que alguna forma de integración social, política, económica o cultural, la integración territorial fue esencialmente militar. (...) En los territorios excluidos, rurales o construidos, son otros los poderes, otras las nociones de identidad, otros los sentidos de pertenencia, en definitiva, es el país de los otros, los diferentes, que termina confundándose con el territorio de los delincuentes y de los enemigos internos”.⁵

La incapacidad de la clase dirigente regional para integrar, desde su poder económico, a la población urbana recién llegada a los procesos de modernización política y cultural, impidieron la construcción de un proyecto societal democrático. La clase dirigente estuvo sólo atenta a la mayor productividad y al crecimiento de la economía; se concibió aislada de un contexto global de ciudad.

Las ideas liberales de apología al lucro económico y a las relaciones de competencia social y las visiones individualistas, se cultivaron en las mentalidades de los habitantes de la ciudad.⁶ Mas hoy, no podemos esperar las iniciativas de la clase dirigente.

La población debe asumir su compromiso histórico y

social, debe generar propuestas de sociedad, de comunidad, de Estado. La construcción de la democracia no parte solamente de las intenciones de partidos políticos, instituciones o gobiernos.

LOS JÓVENES EN LA CULTURA DE LA DIVERSIDAD Y LOS MASS MEDIA

Los jóvenes han crecido en medio de la lucha por la supervivencia y entre una sociedad de consumo que exige y ofrece estilos de vida, paraísos falaces, lugares alucinados. Las contradicciones suscitadas en este panorama, han prescrito los proyectos e ilusiones de muchos jóvenes, haciéndolos presa fácil del fetichismo de la mercancía y colocándolos en función de satisfacer las exigencias del consumo.

La falta de posibilidades favorables para el desarrollo social, económico y cultural de los jóvenes de Medellín, fue un factor que facilitó la decisión por otro tipo de opciones, más seductoras en tanto que respondían a los esquemas que el medio idealizaba. Algunos accedieron a prácticas delincuenciales o se integraron a bandas juveniles o posteriormente a las milicias.

La irrupción del narcotráfico a mediados de la década del 70 y su desarrollo acelerado en la década de los 80, creó en los jóvenes la ilusión del enriquecimiento rápido y fácil, además de producir la extensión del consumo de drogas. El narcotráfico se encontró pues con una población juvenil dispuesta y con pocas opciones de empleo y educación e instrumentalizó a los jóvenes en las empresas del delito, no sólo en el comercio ilegal de estupefacientes sino también en los oscuros fondos del crimen organizado. Posibilitó a su vez el surgimiento de bandas que se ofrecieron como ejército de reserva al servicio de sus intereses.

Si bien los antepasados y progenitores de la población joven de la ciudad, contaban con un modelo cultural rígido, reproducido y transmitido por generaciones, la condición urbana de los jóvenes de Medellín los instala en otro momento y en otro lugar. Sus referentes simbólicos, representaciones y significaciones sociales son más producto de los sentidos, imágenes, mensajes y contenidos transmitidos y puestos en circulación por los medios masivos de comunicación y los procesos sociales de secularización, fragmentación y diferenciación cultural. ⁷

Los jóvenes se enfrentan a una realidad amplia, de horizontes confusos y sentidos amalgamados, en medio de rupturas biológicas, sociales y psíquicas, legos en los haberes y discursos de la política; atravesados por religiones e ideologías que los alienan, los hacen serviles a concepciones estrechas y conservadoras de la vida y los instauran en las anacrónicas murallas que dividen al hombre maniqueamente, para allanar los caminos de la discriminaciones recíprocas entre lo que se es y lo que se quiere ser.

Ante una sociedad que estanca o limita las opciones y un hombre que teme “subir montañas”, dedicado a sobrevivir y a consumir bienes, mercancías, servicios y audiovisuales, la capacidad creadora y la imaginación se atrofian. En esa lucha asfixiante por acomodarse a exigencias, solicitudes y obligaciones artificiales, donde el fin justifica los medios, el joven delega su ser y sucumbe a la enajenación.

El espíritu de rebaño transmitido por la familia, la escuela, la religión y el Estado, se fortifica con las lógicas del mercado; lo humano pierde terreno, sentido y valor. El dinero se constituye en termómetro social, que mide la validez y calidad de las relaciones interhumanas.

La ciudad está cruzada por tradiciones, arraigos re-

gionales, sentimientos locales, pero a su vez es receptora de orientaciones exógenas sobre pautas, valores, actitudes y modos de ser; es carente de un proyecto societal propio, que procure la democratización de todas las instancias sociales, reivindique la solidaridad como norma de relacionamiento y reconozca las posibilidades al individuo de construir su mundo autónomamente y ejerza poder sobre sí mismo y para sí mismo.

RELACIONES SOCIALES ENTRE EL CONFLICTO SALUDABLE Y ENDÉMICO

La violencia en Medellín, no sólo responde a factores estructurales de largo aliento. En la corta duración, se han cultivado odios y venganzas, creciendo como una bola de nieve en movimiento. Los conflictos sociales están cercanos, habitan nuestra cotidianidad, viajan imperceptiblemente por vasos comunicantes para infiltrarse en los laberínticos escenarios de las mentalidades.

Las relaciones entre los pobladores de los barrios de Medellín, se mueven entre la solidaridad y la indiferencia, entre el engaño y la transparencia.

No es desear un mundo o una sociedad sin contradicciones y conflictos. Los conflictos y tensiones entre los individuos de cualquier sociedad son condición inmanente a su existir, pero es un hecho de connotaciones especiales, el que las relaciones entre los habitantes de un barrio permanentemente estén en conflicto, activados por diversas circunstancias, vinculados más a los trayectos de la vecindad, la familia, la historia de los sujetos, las formas de actuar y de sentir individuales. Son comunes las discordias e intolerancias recíprocas entre vecinos, las tensiones conyugales y familiares, los desacuerdos mutuos. El carácter permanente de estos conflictos, nos hace pensar ya no sólo en la riqueza y dinamicidad de los pro-

cesos microsociales, sino en su estado de conflictividad crónica.

Los habitantes de los barrios populares establecen vínculos contradictorios, que oscilan entre la solidaridad comunitaria y los conflictos internos, por multiplicidad de causas que están en el plano de las relaciones interpersonales y vecinales.

Profundizar en los entramados microsociales de los barrios y desentrañar la particularidad de intereses y concepciones de quienes los habitan, es una labor pendiente que seguramente arrojará nuevas hipótesis de lectura de la violencia en Medellín.

El carácter complejo de la violencia juvenil y su articulación a fenómenos y procesos de orden macro y microsociales, no puede enmarcar las propuestas para la juventud en matices y trazos únicos. Las propuestas han de ser de largo alcance, a corto plazo, multidireccionales, individuales, colectivas, estatales y organizativas, etc.

PARA MENGUAR LA VIOLENCIA

Paralelo a un proyecto de gestión democrática de la ciudad, de dinamización de la participación política, social, económica y cultural de la población juvenil, ha de trabajarse por la aprehensión de la ciudad como espacio vital, donde establecemos vínculos y relaciones con los otros, la naturaleza y la historia.

Las tendencias a una extrañación colectiva, respecto del entorno urbano, a una indiferenciación social crónica frente a los problemas del otro, y la ausencia de una apropiación consciente y afectiva del espacio urbano por parte de los jóvenes, son obstáculos, no sólo salvables con las propuestas de democratización de las relaciones, sino que es necesario también, generar sentidos de pertenencia crítica y vínculos solidarios y afectivos con la ciudad.

NOTAS

1. Villegas Lucelly. "Poblamiento y Violencia en la zona Nororiental de Medellín". En: Varios autores, Rasgando Velos, Universidad de Antioquia, Medellín, 1993.
2. Ibid. pág. 90
3. Ibid. págs. 95-96
4. Londoño, Argelia. "La violencia contra la mujer". En: Rasgando Velos. Op cit.
5. Uribe, María Teresa. "Legitimidad y violencia: una dimensión de la crisis política Colombiana", En Rasgando Velos, Op. Cit. p. 41-42
6. "En esta cultura la capacidad de conseguir dinero es un indicador fundamental (...), la clase dirigente paisa sigue siendo experta para abrir mercados y consolidar su economía, pero ha sido incapaz de afrontar el desafío de lo urbano, de construir la ciudad como espacio de encuentro y de comunicación" Salazar J., Alonso. "Las bandas Juveniles en el Valle de Aburrá" p. 41 En: Memorias del Seminario sobre Violencia Juvenil, diagnóstico y alternativas, Corporación Región, Medellín, 1990.
7. "Las inevitables y múltiples relaciones que se entretienen con el mundo urbano, la sociedad de consumo y los medios de comunicación, propician la aparición de nuevos referentes culturales, estilos de vida, valores y actitudes, con mayor impacto en las nuevas generaciones, lo que a su vez genera un nuevo tipo de conflictividades que se expresan en los más diversos ámbitos de la vida cotidiana, la casa, la escuela, la calle". Jaramillo, Ana María. "Milicias Populares en Medellín, entre la guerra y la paz". Corporación Región, Medellín, 1994.